

R. 43978

DISCURSOS

LEIDOS

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

QUE HA CELEBRADO DESDE 1847

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.



TOMO TERCERO



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.
1865.



Esta obra es propiedad de la Real Academia Española.

DISCURSO LEIDO

POR

EL SEÑOR DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ,

EN EL ACTO DE SU RECEPCION

EL DIA 11 DE MAYO DE 1862.

ESTADO LIBRE

EL SEÑOR DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

DE SU ATO DE SU RECESION

EL DIA 11 DE MAYO DE 1863

SEÑORES: Llamado por vuestro voto á llenar el vacío que en esta Real Academia dejó la pérdida de un hombre ilustre, deber es mio, ántes que todo, consagrar algunas palabras, si- quiera sean breves, al recuerdo de esta desgracia. Poco más há de un año que áun se contaba en el número de los indivi- duos de esta Corporacion el Excelentísimo Sr. D. Antonio Gil de Zárate. El infatigable escritor, cuya nombradía es una de las más gloriosas en los anales de nuestra literatura contem- poránea, ocupando un puesto que tan legitimamente habia conquistado, precedió al hombre oscuro que hoy se presenta á sucederle, sin títulos que plenamente justifiquen vuestra bene- volencia. Consagrado el primero al servicio de su patria desde la juventud, en el teatro, en el periodismo, en los altos des- tinos públicos, á todas partes llevó su imaginacion lozana, su inteligencia madura, su criterio sazornado. Pero el autor de *Doña Blanca de Borbon*, de *Cárlos II el Hechizado*, y de tantas otras obras dramáticas de un mérito reconocido, no necesitaba por cierto de mayores títulos que el de poeta para merecer la honrosa posicion en que hoy le heredo; y el pueblo español,

que no es tan ingrato para con sus hijos ilustres como quiere suponerse, conserva el recuerdo de Gil de Zárate como el de una de sus glorias literarias.

¡Así pudiera el que ahora os habla presentarse á vosotros con iguales merecimientos! No sería en este momento tanta su turbacion, ni tan grande su desconfianza. Porque desconfianza, y muy grande, temor, y no poco, debe sentir el que, teniendo el convencimiento de su poco valer, y sin la osadía, que á veces suple el talento, se ve hoy obligado á dirigir la palabra á esta Corporacion, compuesta de tantos y tan distinguidos ingenios. En esta desconfianza está la verdadera causa de la poca ó ninguna impaciencia que he mostrado por llamar á estas puertas; y acaso no lo hubiera hecho nunca, á no haberme animado á ello personas á quienes amo y respeto.

Y no creais que, para decir esto, hay nada en mí de aparente, ni áun de verdadera modestia; al contrario, mucho y legítimo orgullo abriga quien hoy os merece honra tan señalada. El que, hijo de pobres y humildes padres, teniendo por punto de partida un origen modesto, se ve hoy colocado en una de las posiciones más envidiables á que puede aspirar el hombre de letras, algo habrá hecho para ello; algunos esfuerzos, si no de talento, de laboriosidad y constancia ha debido llevar á cabo. Yo quiero á lo ménos creerlo así, más por justificar vuestra eleccion, que por satisfacer mi amor propio.

Tampoco es un vano alarde el que me hace recordar mi nacimiento: está íntimamente enlazada esta memoria con el asunto que va á ocupar vuestra atencion. Humilde es, Señores, el nuevo Académico; humildes son sus aspiraciones y, para que todo en él corresponda á esta cualidad, permitidle que vuelva los ojos hácia los dias primeros de su existencia, y pida al pueblo, en cuyo seno ha nacido y se ha formado, el objeto de su discurso: la índole poética del pueblo español, la

poesía vulgar castellana, será el asunto en que habré de ocuparme, si no con la crítica elevada que requiere, con el cariño al ménos que siempre me ha inspirado. Esta eleccion tiene para mí la incomparable ventaja de excusarme muchas dificultades: la sencillez del asunto casi excluye todo alarde de erudicion recóndita; y, salvado este escollo, ya no me será tan difícil marchar derechamente á mi objeto.

Me atrevo á esperar que no por pequeño merecerá ménos vuestra consideracion el asunto. Diversas flores brotan de la tierra, unas cuidadosamente cultivadas por la mano del hombre, otras que nacen por el único esfuerzo de la naturaleza: más bellas y más ricas de perfume son en general las primeras; pero la ciencia, así estudia y considera á la campesina amapola como á la mimada rosa de los jardines. Flores silvestres son las poesías populares, que nacen sin cultivo; pero que suelen admirar por su frescura y lozanía.

Y prosiguiendo en esta comparacion, yo creo, Señores, que para conocer la disposicion intelectual de un pueblo, una de las primeras cosas que se deben estudiar es la poesía del vulgo como se estudia la calidad de un terreno por medio de sus productos naturales. La literatura que procede de las clases elevadas, y que es hija del estudio y del cultivo de la inteligencia, puede sufrir influencias extrañas, modificaciones que la aparten de su origen. Dígalo la nuestra, que, especialmente desde principios del siglo XVIII hasta nuestros dias, ha cambiado repetidas veces de indole y de forma, ya imitadora, ya esclava de otras literaturas. Pero el pueblo, ménos dispuesto á recibir el influjo de extrañas ideas, por su alejamiento de la vida intelectual, conserva con más pureza su primitivo carácter: el nuestro, unas veces ingenioso, otras sentido, muchas epigramático, y no pocas profundo, es hoy el mismo pueblo de quien brotaron aquellas sentenciosas ó agudas máximas de

sus proverbios, aquellos deliciosos cantares que nuestros poetas de los buenos tiempos glosaban en sus comedias. Para él no ha habido escuelas, ni decadencia, ni renacimientos, ni culteranismo; y si ha admitido, como era natural é inevitable, las modificaciones por que ha pasado nuestro idioma, todavía ha conservado muchos arcaísmos, como si quisiera protestar de violencia en este punto. — Tiempo es ya, me parece, de formular con la claridad posible la tésis de mi discurso y la manera en que me propongo presentarla á vuestra consideracion.

Así como al decir « las poesias de Horacio, de Petrarca, de Fray Luis de Leon ó Melendez », entendemos todos que se trata de las obras que dejaron escritas aquellos eminentes ingenios; así al discurrir en esta ocasion acerca de la *poesía del vulgo*, entiendo (y ruego á este ilustrado Concurso que lo entienda tambien en el propio sentido), no el conjunto de obras de poesía que, compuestas por diferentes autores nada vulgares, continuamente suenan en boca del pueblo, sino aquellas que, sin nombre de autor, son indudablemente obra de individuos nacidos, crecidos, y en su vida y tras ella confundidos en las últimas clases de la sociedad, en lo ménos brillante del pueblo, en esa gran masa de hombres, que unos llaman *plebe*, otros *clase inferior*, *vulgo* otros, y algunos designan con nombres ménos caritativos. No me propongo hablar de la poesía que el pueblo aprende, sino de la que él mismo produce; no de la que se populariza en él, viniendo desde más arriba, sino de la que saliendo de él, y extendiéndose en su ancha esfera, sube tal vez á regiones más elevadas; no, en fin, de la poesía que recibe, sino de la que fabrica para su uso, y propaga entre sus iguales, y acaso ve prohijada por otros, muy distante de pretenderlo.

Buscando esta poesía en sus diferentes manifestaciones ó

formas, hállola en tres: los refranes, los cantares y los romances, reconocidos como obra del vulgo; porque refranes castellanos, y no pocos, hay, que son pensamientos de insignes filósofos de la antigüedad; canciones y romances leemos, que fueron escritos por los más aventajados poetas del Parnaso español.—Para no amedrentaros con lo vasto de la materia, me apresuro á deciros, que de los romances vulgares nada hablaré, porque ya Académicos y otros escritores eminentes han dicho sobre esta materia cuanto era necesario para dejarla completamente conocida y juzgada. Me limitaré, pues, á tratar de nuestros refranes y nuestras canciones de pueblo.

Y no extrañéis que incluya al refran entre las obras de poesía: por el pensamiento, con justicia lo reclaman algunos; por la expresion, casi siempre marcada con el consonante ó el asonante, muchísimos, los más, tienen derecho á ello. En el órden natural de los fenómenos intelectuales, en el desarrollo gradual de la aptitud y actividad poética del pueblo, considerándole como un sólo individuo, parece que el nuestro principiaria formulando el refran, compuesto de una frase breve, dividida en dos partes, señaladas con la rima entera ó la media rima; pasaria despues á la copla de cuatro versos octosilábicos, y de la reunion de unas cuantas coplas resultaria el romance. Dicen los eruditos que la obra de poesía castellana llamada *romance* no es muy antigua: no lo sé yo; pero sospecho que si el romance vulgar se formó de la copla cantada por el pueblo, el *romance* debe ser tan antiguo como la lengua, que llamamos tambien *romance*. Poemas tenian ya en su lengua los turdetanos ántes que los ejércitos de Roma invadiesen á España; Estrabón nos lo dijo; y Lucano, Séneca, Marcial y otros españoles derramaron tesoros de poesía en el habla de la nacion invasora. Los romanos introdujeron en España los espectáculos teatrales; y, prescindiendo de otras causas

naturalísimas, basta que haya teatros en un país, para que haya en él poesía popularizada ó vulgarizada, y poesía de pueblo. Nace el poeta lo mismo bajo el techo de la cabaña que entre cortinajes de púrpura; las circunstancias que los rodean hacen de uno el poeta de profesion, y de otro el poeta (digámoslo así) de la sensacion ó de las ocasiones. Figurémonos, en la época de la dominacion imperial romana, una fiesta teatral celebrada en Mérida, en Tarragona ó en cualquiera otra ciudad populosa de nuestra península, donde el poder de los emperadores habia construido teatros. Figurémonos que en aquel ancho escenario, delante de las graderías de piedra formando espacioso semicírculo, donde á la luz del sol, templada con toldos de vistosa tela, se sentaban millares de hombres de todas las clases del Estado, se representaba, ó (por mejor decir) se cantaba, una tragedia en latin, ó una comedia, y un drama satírico: supongamos, en fin, que entre tantos espectadores hubiese algun humilde labrador de los próximos campos, algun carpintero, albañil ó armero de la ciudad, capaz de sentir los encantos de la música, capaz de expresar en palabras armónicas un rasgo de inspiracion poética de esos que apenas hay hombre que no los tenga en algun momento de la vida. Este hombre alguna vez recordaria y repetiria en su casa tal ó cual verso, tal ó cual breve estrofa que le habia recreado más el oido y el entendimiento; este hombre, que suponemos dotado de instinto poético, alguna vez tambien, excitado por el placer ó por el pesar en algun acontecimiento que ofreciese tal cual semejanza con aquel trozo que se llevó del espectáculo su memoria, prorumpiria espontáneamente en una combinacion métrica y música semejante: así, ignorando tal vez que un ciudadano insigne de Roma con el nombre de Horacio hubiese escrito en exámetros un libro de arte poética, aquel hombre del vulgo habria producido una breve obra de

poesía. De este modo, sin subir á la sociedad primitiva, donde el primer poeta no aprendió de nadie, tendríamos en aquel antiguo español, cuyas circunstancias os he trazado, un poeta del vulgo, hombre sin instruccion ninguna, pero con imaginacion, con sensibilidad y con buen oido: como él habria seguramente muchos entónces, lo mismo que los hubo despues y los hay ahora. Á la invasion de los romanos, introductores de los espectáculos escénicos, acompañados siempre de música, sucedieron los invasores del Norte, furiosos enemigos de los teatros: atropelláronlos todos y destruyeron muchos en el primer ímpetu de la conquista; consintieron su uso despues, bien que despojados ya de su antigua pompa, y entregados á mezquinos juglares, en quienes á cada instante recaía la reprobacion de la Iglesia: de suerte que la poesía y la música de los teatros, ennoblecidas por los romanos, hubieron de quedar abandonadas al infimo vulgo durante la dominacion de los godos. Aun así continuaron, y probablemente durarian hasta morir con ella.

Cayó en los Campos de Jerez la monarquía de Recaredo; los árabes triunfantes ocuparon casi toda nuestra península; los juglares de Witiza y Rodrigo enmudecieron en presencia de los nuevos dominadores de España; creció la yerba sobre los teatros que perdonara siglos ántes el furor de las hordas vandálicas; pero el espíritu poético de los españoles sobrevivió á la rota del Guadalete, y Álvaro de Córdoba, más de un siglo despues (en 864), acusaba á los cristianos de que, sin saber su lengua, se explicaban con harto primor en árabe, y componian versos en este idioma. Pero Álvaro no veia desde Córdoba, tiranizada por los infieles, el distante, casi imperceptible reino de Alfonso el Casto y Ramiro I; que si los muzárabes, compañeros de servidumbre de Álvaro, aliviaban sus penas con pulidas canciones en una lengua que jamás debie-

ron admitir por suya, no mandaban en Oviedo los moros: el aborrecido són de su habla moria sin eco en las faldas de los montes, baluarte santo de la libertad española. También para el idioma del Lacio, traído acá por otros conquistadores, había llegado la hora del silencio y la muerte: los rudos, pero sencillos y nobles acentos de una lengua nueva, se estrenaron quizá para llorar la espantosa catástrofe de los siete días, para cantar el milagroso triunfo de Covadonga. Nada sabemos de la poesía popular perteneciente á la época de los godos, nada de la que sonó con los primeros vagidos del castellano: el *Poema del Cid*, monumento el más antiguo de nuestra poesía romance, no pudo ser obra de un juglar indocto: poesías de tres mil setecientos versos no las produce el vulgo; pero es imposible que, ántes de ese poema grande, no hubiese en España infinitos poemas pequeños: anterior al templo de cien columnas, fué la humilde choza sostenida por toscas estacas; ántes de construir el soberbio acueducto que sobre arcos, sostenidos en otros arcos, lleva las aguas por el aire, se sangró al río con angosto reguero, que por leve hondura, excavada en tierra, condujese á la sedienta heredad linfas vivificadoras. Primero que el *Poema del Cid*, cuyos versos no se pueden resolver en coplas de romance octosilabo, debió cantar el vulgo coplas compuestas de cuatro versos en esta medida; primero que se formara la seguidilla con estribillo compuesta de siete versos, los tres de siete sílabas, y los otros cuatro de cinco, de seguro compusieron los poetas vulgares de España seguidillas de cuatro versos, el primero y el tercero de siete sílabas, y de cinco los otros. El asonante ó el consonante es requisito necesario de la poesía en todas las lenguas neolatinas: el asonante y el consonante precedieron en el latín de los tiempos medios á la formación de las lenguas modernas, y de donde tomamos las palabras para la poesía, de allí mismo

se hubo de tomar el metro y la combinación de los sonidos; esto es, la medida ó la cuenta, y la consonancia. En el monumento más grande y bello de las musas latinas, la *Eneida*, no dejan de aparecer acá y acullá parejas de exámetros con rima entera, ya juntas, ya interpoladas con otro exámetro. En el libro II, los versos 625 y 626 terminan en *ferebat* y *volebat*; en el II, el 124 y el 125 nos ofrecen los consonantes finales *canebant* y *ridebant*; el 341 y el siguiente, *Coræbus* (1) y *diebus*; el 460 y el 462, *astra* y *castra*; en el libro III, ya cerca del fin, *moventem* y *patentem*; el 189 y el 190 del 4.º, *replebat* y *canebat*; el 256 y el 257, *volabat* y *secabat*; el 604 y el 606, *tulisse* y *dedisse*. *Volantem* y *vocantem* leo en el libro V, *Diores* y *honores*, *fremebant* y *jubebant*; en el VII, *ciebat* y *tenebat*, *potentem* y *serentem*; en el VII, *sedebat* y *geribat*, *aras* y *tiaras*; en el VIII, *petebat* y *agebat*, *vomentem* y *rigentem*, *jubebat* y *premebat*; en el IX, *ruebant* y *tenebant*, *recentem* y *nitentem*, *habena* y *arena*, *subisset* y *fuisset*; en el X, *arator* y *viator*; en el XI, *ruentum* y *parentum*; en el último, *sororem* y *honorem*, *furorem* y *sororem*. Leo también en el *Arte poética* de Horacio *seniles* y *viriles* en dos versos contiguos, y aquellos tantas veces citados por la importancia de la regla que expresan:

*Non satis est pulchra esse poemata; dulcia suntu,
Et quocumque volent, animum auditoris agunt.*

El asonante se halla en los versos de Virgilio y Horacio, y de todos los poetas latinos, con bastante frecuencia; el asonante y el consonante eran extraños á la poesía de aquella lengua, cuyo ritmo estribaba sólo en la combinación armónica de grupos de sílabas, ya largas, ya largas con breves: los con-

(1) Estos dos serian asonantes primero, aunque hoy son consonantes para nosotros.

sonantes y asonantes que hallamos en la *Eneida*, en la *Epistola á los Pisones* y en otros poemas, ¿serán meras casualidades, efecto de que el poeta no buscaba para el remate de sus versos palabras de terminacion igual ó casi igual, ni huia de ellas? No, porque entónces esas casualidades hubieran debido repetirse más. ¿Diremos que son descuidos de poca monta, nada reparables en obras de tanta? Pero Virgilio y Horacio no escribian ni con prisa ni con desaliño. ¿Harian eso por bizzarria de ingenio, por gala, por variedad, por interrumpir con algunos versos de terminacion semejante las extensas tiradas de versos con terminacion diferente? Por completo lo ignoro; sin embargo, cuando en las poesías latinas de los siglos VI, VII y VIII veo ya frecuentísimo el uso de los asonantes, de los consonantes y de otras terminaciones de palabras que, teniendo cierta igualdad, no son para nosotros asonancias ni consonancias (1), no puedo ménos de persuadirme que, desde la época de Octavio, lo ménos, esa semejanza de sonidos era muy del gusto de la plebe romana (2), y que los consonantes de la *Eneida* son una concesion hecha por el autor al oido del pueblo. El *dulcia sunt* de Horacio, con su *animum auditoris agunto*, sería probablemente una regla poética, vulgarizada ya cuando el favorito de Mecénas versificó su epístola; sería una especie de refran literario, que corria vulgarmente en aquella

(1) Como en la inscripcion del obispo Sefronio, año 550. Véase á Moya Jácome Capistrano), *Excavaciones de Cabeza del Griego*.

Sefronius tegetur tomolo Antéstis in isto,
 Quem rapuit populís mors inimica suis,
 Qui meritis sanctam perangens in corpore vitam,
 Credetur ætheriæ lucis habere diem.
 Hunc cause meserum, hunc querunt vota dolentum,
 Quos aluit semper voce, manu, lacrymis, etc.

(2) Y más adelante la usaban hasta los emperadores: recuérdese el dicho de Caracala aludiendo á su hermano Geta: *Sit Divus, dum non sit vivus*.

forma, como el refran ó proverbio moral, adornado tambien de la consonancia, que cinco siglos despues dejó formulado San Eugenio III, metropolitano de Toledo (1):

Qualis vultus erit, talia corda gerit,

(segun la cara, es el corazon). Como otro proverbio del mismo Santo, formulado en estos dos exámetros:

*Conjugis et nati vitia vix nosse valemus;
Quodque domi geritur, postremi scire solemus:*

(proverbio que se sustituyó en Castilla con el de *Trasquilanme en concejo, y no lo saben en mi casa*).

Como otra máxima del propio prelado, expresada tambien en versos de igual desinencia:

*Virginitas carnis intacto corpore habetur,
Virginitas animi fidei integritate tenetur.*

Como este verso, en fin, con una asonancia en medio, correspondiente á la palabra con que concluye:

Recta fides sensum pandit, non credere claudit.

Con estos ejemplos, que pudieran ser más, queda, en mi concepto, probada la antigüedad de los refranes ó proverbios rimados: antigüedad anterior á la formacion del lenguaje, que despues recibió el nombre de castellano. Lo mismo se puede decir de la copla de cuatro versos octosilábicos. Versos de ocho sílabas forman aquellos del *Pervigilium Veneris: Ver novum, ver jam canorum, — ver renatus orbis est..... Sed tamen Nymphæ, cavete, — quod Cupido pulcher est*, é infinitos hemistiquios de otros poemas, que es ocioso citar aquí; y volviendo

(1) *Patrum Toletanorum Opera.* (Madrid, 1787, tomo 1.)

á saltar desde los principios del imperio romano á la conversion de los godos al Catolicismo en el año 586, hallo estos seis versos, que componen la estrofa última de un himno cantado en una basilica de Toledo poco tiempo despues (1):

*Ut tibi per omne sæclum,
Trinitas Sanctissima,
Sit honor, immensa virtus,
Et perennis gloria,
Qui Deus in Trinitate
Permanes in sæcula.*

Los tres versos impares de la estrofa leida constan de ocho sílabas, y cada verso termina con una dición que no consueña con ninguna de las otras finales de verso; los tres versos pares constan, no de ocho, sino de siete sílabas; pero los tres terminan en *a*. Recordemos ahora el himno de Santo Tomás: *Pange lingua gloriosi corporis mysterium*, que hoy mismo se canta alargando la última sílaba de los versos pares, pronunciando *mysteriũm*, *pretiũm* y *gentiũm*, haciéndolos consonantes agudos en *um*, y convirtiendo así el verso de siete sílabas en verso de ocho, con arreglo á nuestra poética; y permítaseme por esto creer que en el himno cantado el año 587 en Toledo, alterada ya la recta pronunciaci3n latina, ó buscando el poeta godo, como el sol de Aquino, la igualdad de la frase música á despecho de la prosodia, la estrofa que ántes he tenido la honra de leerlos, se debió acentuar de este modo:

*Ut tibi per omne sæclum,
Trinitas Sanctissimá,
Sit honor, immensa virtus,
Et perennis gloriá,
Qui Deus in Trinitate
Permanes in sæculá.*

(1) Véase el tomo 1 de la excelente *Historia crítica de la literatura española* que está publicando el señor don José Amador de los Rios, páginas 481, 506 y 507.

Así, en el año 587, esto es, mil doscientos setenta y cinco años há, tendríamos el modelo de la copla de cuatro versos octosílabos castellana, y áun el modelo del romance agudo de tal medida.

La pauta para la seguidilla de cuatro versos, el primero y el tercero de siete sílabas, el segundo y el cuarto de cinco, se pudiera encontrar áun más arriba.

Nuestro verso de cinco sílabas es un adónico, no compuesto de un pié dáctilo y otro espondeo, sino de un dáctilo y un troqueo, como aquel de Horacio: *æstuat unda* (1); como aquel otro, *clamor et ira* (2); y como todos los demas adónicos, donde es breve la última sílaba, porque para los romanos era indiferente la final del verso. El de siete sílabas nuestro equivale también á los versos latinos septisilábicos, donde ocurría ser breve la última sílaba, como en *cur neque militaris, ó funera ne virilis* (3), también de Horacio. Aparte de esto, se observa que pronunciando impropriamente á la neolatina las voces que, perdida ya la cantidad silábica, no se pronunciarían muy correctamente en España, ni en otra parte, al transformarse el latín en romance, nos encontramos en los versos senarios ó de seis pies, que usaron Fedro y los Sénecas, una porción de medias seguidillas, seguidillas enteras á veces, aunque sin rima, y á veces hasta con el asonante ó consonante que les corresponde.

En la fábula 4.^a, libro II de Fedro, se lee:

*Difugit ad cubile
setosæ suis:
«Magno, inquit, in periculo
sunt nati tui.»*

(1) En la oda 4.^a del libro II.

(2) En la oda 7.^a del libro III.

(3) En la oda 7.^a del libro I.

En el *Hipólito* de Séneca, versos 597 y 598 :

*Forsan jugali crimen
abscondam face.
Honesta quædam scelera
successus facit.*

Versos 621 y 622:

*Cives paterno fortis
imperio rege,
Sinu receptam, supplicem
ac servam tege.*

En el *Hércules furioso*, versos 817 y 818 :

*Pronumque retro veexit,
et movit gradu.
Tunc et meus respexit
Alcides manus.*

Versos 1,039 y 1,040:

*Nondum litasti, nate:
consumma sacrum.
Stat, ecce, ad aras hostia;
expectat manum.*

En la *Tebaida*, versos 200 y 201 :

*Quis jam Deorum (velle
fac) quidquam potest
Malis tuis adjicere?
Jam nec tu potes (1).*

Quizá no sea temeridad suponer que del teatro declinó esta combinación á los cantares del vulgo romano español, y despues al vulgo español castellano. Del latin hicieron en los

(1) Pudieran ser más estas citas, sacadas de las tragedias atribuidas á los Sénecas; pero se omiten otros ejemplos, porque bastan estos, y porque en otros los versos asonantados, aunque forman seguidilla, dejan incompleto el sentido.

principios nuestros mayores una lengua nueva y análoga á la antigua; de los metros latinos debieron hacer tambien metros nuevos y parecidos: los hijos sacaron la fisonomía de la madre. Hablemos ya de la fisonomía de los hijos.

Dicho queda que el monumento más antiguo de la poesía castellana, que hoy conocemos, es el *Poema del Cid*, escrito (segun opinó el erudito Académico D. Tomás Antonio Sanchez) despues del año 1157. La muestra más antigua de nuestra prosa es el Fuero de Avilés, mezcla de latin y de castellano, que parece se redactó en el reinado de Alfonso VI, por los años de 1084, ó poco despues. Hay, sin embargo, en mi dictámen, siguiendo la opinion de Fray Martin Sarmiento en sus *Memorias para la historia de la poesia y poetas españoles*, hay algun fragmento de nuestro romance, un poco anterior al Poema y el Fuero citados. El Arzobispo de Toledo D. Rodrigo, en su historia latina de España (1), refiriendo el inflexible teson con que Alfonso VI mandó en el año 1077 que se admitiera en todo su reino el oficio eclesiástico romano, que el Arzobispo llama frances, escribió estas palabras: «*Et tunc, cunctis flentibus et dolentibus, inolevit proverbium: Quo volunt Reges, vadunt leges*». (Y entónces, llorando todos y doliéndose, tuvo su origen el proverbio: *Allá van leyes do quieren reyes*.) En los dias de Alfonso VI, y aún mucho ántes, ya no se hablaba latin en Castilla; de modo, que aquella protesta del pueblo hubo con precision de ser expresada en idioma vulgar, y probablemente en la misma forma en que hoy la decimos: un refran, pues, un refran formulado en dos versos de cinco silabas, adornado de consonantes rigurosos, es la frase de más antigüedad conocida que tenemos en castellano. De antigüedad no más que presunta, bien que probable, aún subsisten algu-

(1) *De rebus Hispaniæ*: Lib. vi, Cap. xxv.

nas más, y también son proverbios. El de *Entrar por la manga y salir por el cabezon* se refiere á la adopción del bastardo Mudarra, hecha hácia los años de 1010 por la esposa de Gonzalo Bustos: no ignoro que se da comunmente por fabulosa la historia de los siete Infantes de Lara; pero si es fábula muy antigua, como parece, muy antiguo será también el dicho vulgar, en ella fundado. El de *Ver y creer como Sancto Tomé*, de seguro, es aún más antiguo. En el *Poema del Cid* leemos los nombres de *San Fagund*, *San Servan*, *San Sebastian* y *San Pero* ó *San Peydro*, donde el adjetivo *santo* (que es, omitida una letra, la palabra latina *sancto*) se ve empleado ya sin la última sílaba, como hoy se usa. En el mismo poema registramos también los nombres de *Sant-Estéban* y *Sant-Esidro*, donde aún se conserva la *t* penúltima de *sancto* ó *santo*, forma que pertenece á una época anterior, porque tiene más de la palabra primitiva; pues en algún tiempo se hubo de poner íntegra la de *sancto* delante de todos los nombres de los bienaventurados, pronunciando lo mismo *Sancto Petro* y *Sancto Isidoro* que *Sancto Stéphano*. Pero al omitirse la *o* final de *sancto* ó *santo* delante de los nombres de *Thómas*, *Tomás* ó *Tomé*, y *Toribio*, se hallaron nuestros antepasados con la dificultad de pronunciar dos *tt* seguidas, tropiezo que los obligó á exceptuar dichos nombres de la regla que introducía el uso nuevo; así, enredándoseles la lengua en los dientes para decir *Sanct Tomé* y *Sanct Toribio*, siguieron pronunciando como ántes *Sancto Toribio* y *Sancto Tomé*: práctica prolongada hasta nuestros días, como recuerdo y señal del primitivo castellano; aunque ya, léjos de ser necesaria esa sílaba *to* delante de los nombres *Toribio* y *Tomás*, los afea algo con la repetición del mismo sonido, y no habría inconveniente en decir *San Toribio* y *San Tomás*, como se acostumbra con todos los otros nombres de santos; pues no es de temer que por unirse

la sílaba *san* con la de *to*, primera de *Tomás* y *Toribio*, creyesen algunos que *San Tomás* y *San Toribio* eran dos santos, el uno con el nombre de *Más*, y con el nombre de *Ribio* el otro. El haber comprendido en esta escepcion al nombre de *Santo Domingo* provendrá de que ántes la pronunciacion de la *d* se acercaria más á la de la *t*, por dársele más fuerza que ahora. *Ver*, pues, *y creer como Santo Tomé* es una frase de las más antiguas de nuestro idioma.

El nombre actual del rio *Duero* procede tambien del antiguo nombre latino *Durio*; y formándose el caudal de este rio con el de otros, el refran *Yo soy* (1) *Duero, que todas las aguas bebo*, tambien debe ser tan antiguo como nuestra lengua. Probablemente en el mismo caso estará el otro refran de la misma naturaleza: *Lozoya lleva el agua y Jarama tiene la fama* (2). Creo, Señores, que los más remotos monumentos de nuestro lenguaje, ó siquiera los restos más antiguos de ellos, yacen desconocidos entre la multitud de los proverbios del vulgo, como los huesos de Cervantes en el convento de las Trinitarias; como los de Lope, sacados y revueltos con otros, de la bóveda de San Sebastian, y arrojados á la hoya comun en el cementerio general de Madrid, extramuros de la puerta de Bilbao.

Del carácter y forma de nuestros refranes, considero difícil dar en general una idea exacta: obra de muchos, monton de materiales allegadizos, en que lo viejo se revuelve con lo nuevo, más representan opiniones, tendencias y caracteres individuales, que la índole de una nacion; aunque trazan perfectamente el espectáculo de la nuestra en la media edad, cuando los reyes eran poco más que capitanes, la iglesia y la

(1) So dirian ántes que *soy*.

(2) Que antiguamente seria: *Lozoya lleva l'agua, e Jarama há la fama*.

nobleza caudillos casi al igual de los reyes, y el pueblo, tan pronto siervo como soldado, presa de todos dirigiendo la esleva, instrumento dócil y noble de todos en las lides, juez y señor de sí propio tambien en el municipio. Refranes tenemos, que respiran la sencillez y la religiosidad propia del labrador, como el de *Cuando Dios quiere con todos aires llueve*; los tenemos religiosos á la par y sagaces, como el de *Á Dios rogando y con el mazo dando*; los tenemos duramente impíos, como el de *Dominus providebit, decia el cura, y arrastrábale la mula*; muchos en que la clase superior culpa ó escarnece á la ínfima, como el de *Al conejo y al villano despedázale con la mano*; muchos en que las clases últimas reclaman sus derechos y lamentan su suerte, como en aquel, que bien puede tambien llamarse cantar:

Todos somos hijos
De Adan y de Eva;
Pero nos distinguen
La lana y la seda.

Y este otro: *Sirve á señor, y sabrás qué es dolor*. Y éste, áun más expresivo: *La cárcel y la cuaresma para los pobres es hecha*. Pero los más notables son aquellos que encierran un pensamiento agudo, ya grave, ya cómico. *El que no lleva zurrón no tiene miedo al ladrón* es lo mismo que se dijo en latin: *Cantabit vacuus coram latrone viator*: *Siéntate en tu lugar, y no te harán levantar* es una leccion del Divino Maestro: *Si quieres aprender á orar, entra en la mar*; y *Si quieres saber cuánto cuesta un ducado, búscalo prestado*, son dos lecciones de la experiencia. Lo mismo puede decirse de éste, cuyo triste concepto no pudo salir sino de labios de un desvalido:

Era yo polvo:
Vínome agua,
Hízome lodo.

Mayor hubiera sido la pena de quien así se lamentaba, si se le hubiera podido aplicar esta otra advertencia:

Pasó *podiste*,
Vino *querrás*:
Entónces no quisiste,
Ahora no podrás.

Los agudos son de varias maneras. Repárese la respuesta de esta pregunta: *Qué lleva la aldeana? — Si el asno cae, nada.* No se necesita gran penetracion para conocer que la carga del asno era el producto de un gallinero. Con la misma facilidad comprendemos cuántas piezas habia recogido el cazador de perdices que dijo: *Si ésta mato, tras que ando, tres me faltan para cuatro.* Adelantado apetito de uvas tendria el hijo á quien oyó su padre exclamar gozoso: *Albricias, padre, que ya podan.* Explicacion ninguna necesitan estos:

—Miguel, Miguel!
No tienes abejas, y ¡vendes miel!
—No sé qué te diga, Anton:
El hocico traes untado,
Y á mi me falta un lechon.
—Manos, que non dades,
¿Qué buscades?
—Sabeldo, vecinas,
Que doy de comer á mis gallinas.
—Marihueta, ¿fuiste á la boda?—
No, madre; mas galana estaba la novia.
—Hija, sé buena.—
Madre, truená.
—Desde que me estais predicando,
Ciento y veinte agujeros conté en aquel rallo.
—Pesa presto, Lucia,
Quarteron por media libra.
—Sancha, Sancha!
Bebes el vino, y ¡dices que mancha!
Á ellas padre,
Vos á las berzas y yo á la carne.

—Por qué hiciste la obra mal?—

Por salir á mi jornal.

—Cuando ayunque, sufre;

Cuando mazo, tunde.

—O comed y non gimades,

O gemid y non comades.

—Él anoche se murió,

Hoy ella casarse quiere:

¡Ay del que muere!

Mujer cual ésta debió ser la que, teniéndose por viuda, y volviendo en sí el que ya contaba como difunto, murmuró:

Qué placer de marido!

La cera quemada, y ¡él vivo!

Conocida es aquella fábula, donde se refiere que escarmentados unos ratones del peligro que corrían en el suelo de cierta casa, perseguidos por una voraz comadreja, se subieron al techo; y no pudiendo su enemiga cazarlos ya, se envolvió en harina para hacer creer á los ratones que era un montoncito de ella. Brevisísimamente la compendió uno de nuestros refranes en estas palabras. *Ratones, arriba; que todo lo blanco no es harina.*

Una escena muy cómica, y de seis páginas de impresion, tiene Molière en su *Convidado de piedra*, la cual pasa entre el temerario don Juan y un acreedor apocado. Don Juan, á fuerza de cumplimientos, finezas é interrupciones, echa de casa al acreedor, sin dejarle pedir su dinero. En dos versos de ocho silabas tenemos nosotros en un refran la síntesis de aquella dilatada y graciosa escena:

Buenos días, Pero Díaz.

—Más quisiera mis blanquillas.

Á fundarse en verdad la inculpacion de desidia que los extranjeros nos hacen, el refran característico por excelencia entre todos los nuestros debia ser éste:

Al reves me la vestí;
Ándese así.

Pero contra él protesta aquel del padre afanador, que decia: *Hijo Gomez, miéntras huelgas, haz adobes*. Y en otra ocasion le repetia: *Miéntras descansas, maja esas granzas*.

¿Quiénes habrán sido los autores de estos y otros muchos discretísimos pensamientos, que se hallan en las copiosas colecciones de nuestros refranes? Indudablemente, Señores, los que se refieren á faenas ó conocimiento del campo, á circunstancias de los ejercicios fabriles, á la vida del pueblo, en fin, deben ser obra de individuos del pueblo. Aquello de *Más vale rato de sol que cuarteron de jabon*, ¿quién lo inventaria? Probablemente una lavandera.

La forma de los refranes, en que entra, ya el consonante, ya el asonante, se puede apreciar por las muestras que van presentadas; forman á veces versos de perfecta medida como estos:

Año de nieves,
Año de bienes.
—Á canas honradas
No hay puertas cerradas.
—Bien te quiero, bien te quiero;
Mas no te doy mi dinero.
—Por nuevas no peneis;
Que hacerse han viejas y saberlas heis.

Otras veces no se sujetan á medida ninguna, como se ve en estos dos:

—El gaitero de Bujalance:
Un maravedi porque empiece,
Y dos porque acabe.

—Llevad vos, marido, la artesa;
 Que yo llevaré el cedazo,
 Que pesa como el diablo.

Considerando esta desigualdad de medida, y que entre los refranes han de existir, fiel ó infielmente conservados, los ensayos más antiguos de nuestra poesía, parece que sería justo inferir que, al principio, los versos castellanos debieron carecer de medida fija. En cuanto á los versos de los refranes, ú otros cualesquiera, compuestos para hablarlos, firmemente lo creo; en cuanto á los versos que se habian de cantar, creo que desde el principio debieron ir sujetos á medida constante: los cantares castellanos del vulgo tendrían siquiera la medida de los himnos latinos, que cada día festivo se oían en el templo. *Cantar* se llama al *Poema del Cid* en el verso 2,286 de la obra: me figuro que lo llamarían así porque estaba extendido en rimas, distintivo de los cantares; pero no acierto á creer que fuese escrito para cantarlo. Los versos 523, 524, 525 y 526, del *Poema del Cid*, son estos:

Toda la quinta á mio Cid fincaba.
 «Aquí non lo puedo vender nin dar en presentaya.»
 Nin cativos nin cativas non quiso tener en su compañía.
 Fabló con los de Casteion, invió á Fita é á Guadalfajara.

Larguísimos parecen estos versos para cantarse; podrían, sí, recitarlos con cierta declamación cadenciosa, en la cual se marcaran los fines de ellos con cierto dejo músico. Se hallan en el *Poema del Cid* bastantes versos que no guardan asonancia ni consonancia con los inmediatos; y aunque se pudiera alegar esta circunstancia para sostener que no fué aquel poema escrito con aplicación al canto, á otra opinión muy distinta me guía semejante extrañeza. El autor del *Poema del Cid* hubo

de tener muy buen oído, para dejarse sin rimar verso ninguno de su obra, escrita con mucha anterioridad á la del códice único que de él se conoce; quien trasladó ese códice no lo reprodujo tal como lo habia encontrado. Véase la prueba. El verso 81, dice :

Espenso he (1) el oro é toda la *plata*;

y entre este verso y el 83, que termina con la palabra *campana*, se halla el verso 82, en la forma siguiente:

Bien lo vedes, que yo no trayo *aver*.

Aunque *aver* no asuena con *plata* ni *campana*, ya se conoce que el autor hubo de escribir:

Bien lo vedes, que yo *aver* no *traya*;

pero al copiante le hubo de parecer mal aquella trasposicion, cuyo motivo no comprendia; restituyó el órden gramatical que le pareció más legitimo, y convirtió el verso asonantado en verso suelto. Lo mismo hizo con el verso 184, que aparece así:

A tod el primer golpe trescientos marcos de *plata* echaron.

Pero concluyendo el verso anterior en *blanca*, y el posterior en *pagaban*, claro se manifiesta que el verso genuino debió ser:

A *tod* el primer golpe trescientos marcos echaron de *plata*.

Además, así como el autor del poema pronunciaba *tod* en lugar de *todo*, así tambien en lugar de *Alfonso* debió decir muchas veces *Alfons* ó *Alfon*; el copiante suscituyó *Alfonso* al fin de una porcion de versos, y los dejó sin la rima ó semi-rima correspondiente. Lo mismo ejecutó con un gran número

(1) He gastado.

de palabras en que el autor suprimia una *e*, diciendo *part* en lugar de *parte*, y *varons* en lugar de *varones*: palabras que escritas á la castellana desfiguraron el texto del poema lastimosamente. Y por cierto que esos consonantes ó asonantes citados en que se suprimia una *e*, y otros, como *colps* (1), *ci-clatons*, *guarnizons*, *infanzons*, *corts*, *nochs*, *mort*, *bendicions*; y otros de otro género, como *forn*, *font*, y *Hierom* y *Sanctia-gue* en vez de *Jerónimo* y *Santiago*, me obligan á creer que el *Poema del Cid* no fué escrito en el corazon de Castilla, sino en alguna poblacion donde se hablaba promiscuamente la lengua castellana y la lemosina; si no es que el autor, á semejanza de Homero, usó deliberadamente de varios dialectos, porque todavía entónces podian entenderse sin gran dificultad el catalan y el gallego, el de Valencia y el castellano. Sea lo que fuere, por el *Poema del Cid* podemos formar idea de lo que serian los cantares cortos del pueblo en Castilla, cuando Alfonso el VI puso vencedor la silla de su trono en Toledo.

Los poetas más antiguos vulgares de que tengo noticia, por sus condiciones morales valieron poco: por su ingenio, bastante; pero los asuntos en que se ocuparon no eran para vivir en la memoria de sus iguales: eran gente del pueblo, y carecian de su inspiracion poética popular. El primero que hallo es Garci Fernandez de Gerena, coetáneo del rey D. Juan el I: un perdido, que se enamoró de una juglaresa, la cual, habiendo sido mora, le hizo renegar á él y volverse mahometano en Granada; las poesias que de él se conservan, y no son despreciables, versan sobre lances de su aventurera vida, nada ejemplar, y son completamente personales. Tambien lo són las de Anton de Montoro, descendiente de judíos, y las de Juan de Valladolid, por otro nombre Juan Poeta. Dejando

(1) No están escritas así estas palabras; pero, por los finales de los versos que las acompañan, aparece que así es como debió el autor escribirlas.

sus escritos en paz y los de algunos otros poetas del vulgo, puramente personales tambien, que se registran en diferentes cancioneros, apresurémonos á entrar en el siglo xvi, como punto de partida para llegar más pronto á la edad presente. Cervantes, que en el año de 1615, y á los sesenta y ocho de su vida, imprimió la segunda parte de su *Quijote*, habla de coplas y de seguidillas que supone cantadas en el reino de Candaya, para ablandar la severidad de la Condesa Trifaldi. Dos coplas cita, la una traducida del italiano, obra de escritor conocido, Serafino Aquilano; la otra, refundicion (digámoslo así) de la que originalmente se atribuye al comendador Escrivá. « De las concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas (dice allí Cervantes), porque escriben unas coplas, no como las del Marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar los niños y las mujeres, sino unas agudezas, que, á modo de blandas espinas, os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella..... Pues ¿qué, cuando se humillan á componer un género de verso, que en Candaya se usaba entónces, á quienes ellos llamaban seguidillas! Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos; y finalmente, el azogue de todos los sentidos. — Tambien en Candaya, dijo más adelante Sancho, ¿hay poetas y seguidillas!.... Imagino que todo el mundo es uno. » Evidentemente se descubre que Cervantes hablaba de los poetas de España; evidentemente se conoce por aquel *entónces* de la Trifaldi, y por el *todo el mundo es uno* de Sancho, que Cervantes aludia, cuando ménos, al siglo anterior y á la par al xvii; y evidentemente aquellos poetas, que se humillaban componiendo cantares, eran ingenios de alta jerarquía poética: de todo lo cual inferiremos que las coplas y seguidillas del tiempo de Cervantes, ingeniosas, pero con peligro, no eran obra del vulgo, cuya poesía conservaba el noble y sencillo carácter

áun de los romances viejos, como el del Marqués de Mantua. Pero, ya fuesen vulgares ya aristocráticos los cantares de fines del siglo xvi y los de todo el xvii, los del próximo pasado y los de éste, no acontece con ellos lo que indiqué respecto de los refranes: poseyendo nosotros miles de cantares de todos géneros, devotos y burlescos, tiernos y satíricos, morales y libres, el mayor número les imprime un carácter, el cual es y no puede ser otro que el de nacion: perfectamente pintan la noble galantería española. Galantería noble, repito, y por consecuencia decente, pues, ¡cosa singular! por milagro se encuentra entre estas poesías de amor una declaración amorosa: todas se refieren á celos, desengaños, ausencias, dolores y satisfacciones de un amor ya nutrido en la marcha del tiempo, ó mejor dicho, del único y verdadero amor, que es el que se ha alimentado de las dulzuras del trato, de los pasatiempos alegres, de la confianza mutua. Con el amor de los sentidos, apenas se ocupan; y cuando lo hacen, es con tan extremada delicadeza, con tan misteriosas y embozadas reservas, que no ofenden al pudor, ni ménos á los oídos. La musa del pueblo es casta.

El uso del lenguaje figurado es general en la poesía de todos los pueblos del mundo; pero es de admirar el empleo circunspecto que de él hace el nuestro. Lo que desde luego no puede ménos de llamar la atención, es, que en un país meridional, impregnado en las tradiciones orientales, influido evidentemente por los restos de la poesía que nos dejaron siete siglos de dominación árabe, sea nuestra musa popular una de las ménos hiperbólicas. Esto, en mi concepto, más que de un gusto exquisito, más que de amor á la verdad poética, es el resultado natural y sencillo de la verdad del sentimiento. En las provincias en que más notable se hace esta propiedad, es en las del Mediodía, donde se conservan con más vigor,

no sólo costumbres orientales, sino algo del hinchado y metafórico lenguaje de aquellos conquistadores de España, que tanto influyeron en nuestra civilización.

Nótese que la mayor novedad que los cantos populares encierran, consiste principalmente en la verdad ingenua, en la expresión candorosa con que están dichos, así los más altos como los más humildes conceptos. Para el pueblo no hay ni puede haber otro idioma que el vulgar y sencillo en que le han enseñado los preceptos más sublimes de su Religión; y como para mí todo lo que es afectación y rebuscamiento deja de ser poesía, no se extrañe que encuentre en aquella preciosa dote del vulgo el origen de sus bellezas.

Y ¿qué diré del estilo en que están escritos esos fugitivos rasgos de ingenio? No parecen todos de una misma mano? Ese estilo es tan especial, es tan marcado, que fácilmente se distinguen las poesías del vulgo de las que á su imitación han hecho ingenios más levantados. El vulgo, que no es poeta sino colectivamente, que obedece por instinto á la influencia de su cielo, de sus nativas costumbres, de su cantar tradicional, se ha formado un estilo que puede llamarse genérico, y cuya imitación es muy difícil, si no imposible, para los que, ejercitados en la poesía, se han formado ya una manera peculiar. En prueba de que, como ántes he dicho, el pueblo no es poeta sino cuando siente la necesidad de expresar una idea que le asalta, un dolor que le aqueja ó una alegría que le embarga, véanse sus romances, en los que, por sus mayores dimensiones, por la necesidad de dar desarrollo á una fábula ó á un pensamiento, se requiere mayor fuerza de invención y la reflexiva frialdad del ingenio. Ya en estas composiciones la poesía del vulgo es ménos colectiva, y aunque resultado del gusto poético dominante en las masas, de sus preocupaciones y de sus creencias, siempre se individualiza, recibiendo el

sello que le imprime el escritor. En tales obrillas ya se encuentran, malos ó medianos, nunca buenos, estilos diferentes. Esta clase de poesía, por lo tanto, no puede llamarse vulgar sino porque retrata las aspiraciones del vulgo, y no porque éste sea su autor sino de una manera indirecta.

Entre los cantares antiguos del género grave los hay de un mérito maravilloso. ¿Quién no se ha visto alguna vez en la angustiosa situación que se pinta en éste?

En el campo me metí
 Á lidiar con mi deseo:
 Conmigo mismo peleo:
 ¡Defiéndame Dios de mí!

Y si aquel deseo tenía su origen en una esperanza cuyo cumplimiento no se veía llegar, ¿quién no habrá dicho dentro de sí mil veces:

Oh loca esperanza vana!
 ¡Cuántos siglos há que voy
 Engañando el día de hoy,
 Y esperando el de mañana!

Y quizá despues de cumplido el anhelo, se exclama con doloroso abatimiento:

Por entre casos injustos
 Me han traído mis engaños,
 Donde son los daños daños,
 Y los gustos no son gustos.

Pues, en efecto, á la luz del desengaño, se advierte que

En las mortales fortunas,
 Eso es perder que ganar;
 Porque en llegando á juntar
 Las piezas, todas son unas.

Si estos cantares pertenecen á poetas del vulgo ó no, lo ignoro; pero acercándonos á nuestros días, y echando mano de la coleccion de seguidillas que en los primeros años del siglo presente dió á luz el que disfrazó su nombre con el de Don Preciso, hallaremos allí una gran porcion de coplas, obra de personas del vulgo, que así las componian como las cantaban en sus regocijos de baile « Ciertamente causaria admiracion (dice) á cualquiera que no supiese hasta qué grado llega el genio español, el ver que unos hombres sin principio alguno de música, y sin más cultura que la que adquieren en las poquísimas composiciones que oyen de esta especie en los teatros, sean capaces de componer tanta variedad de seguidillas como nos dan cada año, llenas de todo el gusto y melodía que cabe. » Enamorado ciegamente Don Preciso de ellas y de sus autores, acusó en los prólogos que puso á los dos tomitos que forman su coleccion, y aún ridiculizó acerbamente, á los poetas de su tiempo, á quienes declaró incapaces de componer una seguidilla á propósito para cantarse bien, como lo hacia cualquier menestral de la córte. Pero á qué poetas vituperaba, se puede conocer por la copla que cita, compuesta por uno de ellos en una noche, cuyo estrellado cielo de repente le inspiró en estos términos:

Sale la noche vomitando estrellas.

Ay! ay! qué bellas son! ay! ay! qué bellas!

Ya veis, señores, que el autor de esta preciosa improvisacion, de seguro no pudo ser Melendez, ni Cienfuegos, ni Moratin, ni Quintana.

Hojeando, pues, aquella compilacion y alguna que ha salido despues, hasta el precioso libro de cuentos populares dado á luz por Fernan Caballero, traeré aquí alguna muestra para concluir este ya prolijo razonamiento.

Atribúyese, quizá sin razon, á Felipe II (1) la siguiente copla, dirigida al santo Madero, signo de la redencion humana:

Cruz, remedio de mis males,
Grande sois, pues cupo en vos
El gran pontífice Dios
Con cinco mil cardenales.

Será todo lo ingeniosó que se quiera el equívoco de los cardenales de azote con los cardenales de dignidad, pero me parece muy preferible la copla vulgar moderna que dice así:

Un árbol hay en la Iglesia
Con espinas y sin flor:
Ángeles á los costados,
En medio nuestro Señor.

No veo en la primera el sello del Rey; cualquiera distinguirá en la segunda la marca del pueblo. Lo mismo en ésta:

Desde el dia que nacemos
A la muerte caminamos;
No hay cosa que más se olvide,
Ni que más cerca tengamos.

Lo mismo en aquella del preso:

A la puerta de la cárcel
No me vengas á llorar:
Ya que no me quites penas,
No me las vengas á dar.

Este encarcelado, á lo ménos tenía quien llorase con él; más triste era la suerte del que, resignándose dolorosamente á un total abandono, decia:

Estas rejas son de hierro,
Y estas paredes de piedra;
Mis amigos son de vidrio:
Por no romperse, no llegan.

(1) Panegirico por la poesia. Montilla. 1627. Se halla grabada esta redondilla en una cruz de piedra que hay cerca de la entrada del famoso convento del Parral, extramuros de Segovia.

Sentimiento muy semejante expresa aquella seguidilla sin estribillo:

Yo quisiera morirme
Y oír mi doble,
Por ver quien me decía:
«Dios te perdone.»

Por qué desearía la muerte quien dijo estos versos? Quizá por lo que manifiestan estos otros:

Estoy tan hecho á penas,
Que no penando,
Parece que me falta
Lo necesario.

Penas, que tal vez principiarian por el placer, que expresó un jóven diciendo á una hermosa:

Cada vez que te veo,
Para mí digo:
«A mi prójimo amo
Como á mi mismo.»

De ver habia pasado á más el que ya nos contaba con dulce recuerdo:

María me dió una rosa,
Y su madre la miró:
Más colorada se puso
Que la rosa que me dió.

La ruborosa María de nuestra historia era tal vez aquella que poco tiempo ántes, esquivada y adusta, dió lugar á que se cantara:

«El demonio son los hombres,»
Dicen todas las mujeres;
Y luego están deseando
Que el demonio se las lleve.

Y eso que otro cantar le daba el prudente aviso de que:

Las mujeres al mundo
Perdido tienen ;
Y los hombres , al mundo
Y á las mujeres.

El que recibió de María la rosa, ya la visitaba despues , refiriendo de sí donde nadie le oyera:

Cuando voy á la casa
De mi María ,
Se me hace cuesta abajo
La cuesta arriba ;
Y cuando salgo,
Se me hace cuesta arriba
La cuesta abajo.

Disimula su amor, aleccionado con la copla:

El secreto de tu pecho
No se lo digas á nadie;
Mejor te lo guardará
Aquel que no te lo sabe.

Pero una pasion mal puede esconderse: una vecina, sagaz observadora, le arguye de este modo:

Dices que no la quieres ,
Ni vas á verla ;
Pero la veredita
No cria yerba.

Dichas de amor suelen durar poco : el amante de María sospecha de ella. Le aconseja un amigo:

No adelantes el discurso,
Sino para pensar bien ;
Que á veces nos presumimos
Lo que no ha sido ni es.

Los celos y las olas
Hacen á una;
Que parecen montañas,
Y son espuma.

María, si creemos al galan irritado, le saca de tino con imprudencias, que él llama locuras: el amigo trata de hacerle conocerse á sí propio, insinuándole que

Del carro de los locos
Todos tiramos,
Unos con tiros cortos
Y otros con largos.

El amante replica:

Más quisiera en una plaza
A un toro bravo esperar,
Que á una mujer que me diga :
«¿Qué cuidado se me da?»

Se ven, y es para desavenirse más. En vano se disculpa María diciendo:

Mi padre me tiene dicho
Que me tiene de sacar
Los ojos con que te miro;
Y yo, que te he de mirar.
Me han quitado el ir á misa,
Me han quitado el confesar,
Me han quitado que te quiera :
¿Qué más me pueden quitar?
Tú eres mi primer amor,
Tú me enseñaste á querer :
No me enseñes á olvidar,
Que no lo quiero aprender.

Los celos del amante no se desvanecen: la confianza antigua no se renueva: no trata ya de *tú* á María, sino que le dice:

Los enemigos del alma
Todos dicen que son tres;
Y yo digo que son cuatro,
Desde que conozco á *usted*.

Separacion y ausencia; pero

Pecho de amor herido
 Tarde se alivia,
 Si no da los remedios
 Quien dió la herida;
 Y sus dolores,
 En no viendo la causa,
 Se hacen mayores.

Entre tanto, ¿qué es de María? Oigámosla:

Ya no me asomo á la reja,
 Que me solia asomar;
 Que me asomo á la ventana
 Que cae á la Soledad.

Escuchemos al celoso:

¿De qué sirve que yo quiera
 Disimular mi dolor,
 Si en los ojos y el semblante
 Llevo escrita mi pasion?

Aun se considera ofendido; pero ya perdona:

Por agravios que me hagas,
 De tí no me vengaré;
 Porque te vale el sagrado
 De haberte querido bien.

Combatido por contrarias ideas, ni se resuelve á ir á donde su corazon le impele, ni á buscar en el olvido la tranquilidad:

Ni contigo ni sin tí
 Mis males hallan remedio:
 Contigo porque me matas,
 Y sin tí porque me muero.

Ya desea verla; ya dice:

Si tuviese figura
 Mi pensamiento,
 Siempre te lo encontraras
 En tu aposento.

Ya supone que María suspira por él:

Suspiros que de mí salgan,
Y otros que de tí vendrán,
Si en el camino se encuentran,
¡Qué de cosas se dirán!

La reconciliación se ha verificado. María exclama, buscando y recibiendo un ósculo maternal:

¡Bendito sea Dios, madre,
Que ya pareció el perdido!
Que no se puede perder
Pájaro que tiene nido.

Una gran calamidad pública invade la ciudad en que los dos habitan. María tiene que vestirse de luto.

¡Malhaya la ropa negra
Y el sastre que la cortó;
Que mi niña está de luto,
Sin haberme muerto yo!

Las desgracias de las familias alteran la concordia restablecida. El azote del cólera devasta la ciudad: el galán animoso prorrumpe:

Yo no le temo á la muerte,
Aunque la encuentre en la calle;
Que, sin licencia de Dios,
La muerte no mata á nadie.

Pero el valeroso jóven es envuelto en el torbellino de la dolencia exterminadora; se le oye que dice al médico:

¡Para que vas y vienes,
Doctor, confuso,
Si el mal que á mí me aqueja
No está en el pulso?

Y dirigiéndose con el pensamiento á María:

Dentro de la sepultura,
Y de gusanos roído,
Se han de encontrar en mi pecho
Señas de haberte querido.

Triunfa de la muerte el amante: aún no sale de casa, pero desde ella, ha visto pasar á su amada... Cómo? De esta manera nos lo dice:

En el carro de los muertos
Ayer pasó por aquí.
Llevaba la mano fuera:
Por ella la conoci.

Perdonadme, Señores, si os he fatigado con esta novela vulgar en verso: no me hubiera atrevido á tanto, si no hubiese recordado que un dia os habréis de ocupar detenidamente en el exámen de novelas en prosa. La que os he leído, que solamente se puede llamar novela porque se compone de muchas historias, hubiera podido ensancharse con varios caracteres que hubiesen producido episodios amenos, como el de la casada que dijo:

Mi marido fué á las Indias
Por acrecer mi caudal:
Trajo mucho que decir,
Pero poco que contar.

O bien el del galan mariposa, representado en la seguidilla siguiente:

De puerta en puerta un pobre
Coge más cuartos,
Que quedándose en una
Siempre parado.
Por esa cuenta
Ando yo en mis amores
De puerta en puerta.

Pudiera haber extendido á muchas más ese manajo no pequeño de seguidillas; pero creo bastan las dichas: quizá sobran algunas; y por evitar prolijidad, no haré acerca de ellas observaciones que su lectura os habrá sugerido. En todas el pensamiento se distingue por su verdad y sencillez, la expresion por su propiedad y limpieza. La última en particular, ese triste y hermoso cuadro de la jóven que llevan en el carro fúnebre á la postrer morada, es uno de los más bellos rasgos de poesía que se han escrito. Á nuestros oidos ha llegado precediéndole explicaciones, que le quitan gran parte de su mérito: es un diamante que, engastado con otros, casi ha quedado cubierto por el engaste; vista sola la piedra, luce más, y su magnitud y su valor suben de punto, y maravillan al que la contempla. Cuatro versos no más tiene ese poemita admirable; supongamos que, sin preparacion ninguna, oimos los dos primeros:

En el carro de los muertos
Ayer pasó por aquí.

Estamos á la mitad de la composicion: vislumbramos un cadáver; pero no acertamos á distinguir si es de mujer ó de hombre, si es un niño, si es un anciano; tampoco sabemos quién es el que habla: no adivinamos qué tiene que ver con el cadáver la persona que nos da la noticia. Oimos el tercer verso, que es el penúltimo:

Llevaba la mano fuera.....

Esta circunstancia ya despierta nuestro interés. No se alcanza á ver el rostro del difunto ó difunta: va hundido en la caja; ¡pobre almohada le han puesto! Nos oculta el ataud una mano tambien; no las lleva cruzadas: ¡precipitado entierro! señal de tristísimo desamparo, de completa y repentina orfandad: aún no nos dice bastante la mano. Llega, en fin, el último verso:

Por ella *la* conocí.

De repente se rasga un velo ante nuestros ojos, y una dolorosa escena se nos descubre. ¿Quién ha podido conocer tan pronto aquella blanca mano, sino el que largo tiempo suspiraba por ella? Allí sus deseos, allí la huella de sus labios, allí conocemos la señal de sus lágrimas; teníamos á nuestro lado al infeliz amante de la malograda doncella, que en medio del general conflicto, sin madre ya ni deuda que la hubiesen adornado con la amarilla palma, con la corona cándida de las vírgenes, conducida es á la fúnebre hoya, consumidoro de la hermosura. Una sola palabra, un monosílabo, dos letras, dos sonidos no más, un *la* nos ha dicho tanto. En el arte de Orfeo, difícil será encontrar otra vez ese signo más delicada y tiernamente empleado.

Muy léjos estuvo de hacer ostentacion de ingenio quien compuso esa copla: sentia vivamente su pecho, movió su labio la verdad, y prorumpió en un triste canto de peregrina belleza. Siento haber leído, siento recordar en este momento un soneto de Lope á un galan que, acompañado de otros tres caballeros, ayudó á llevar á la sepultura el ataúd en que iba su dama. (1). Lope, el Fénix de los ingenios, el que tantos ras-

(1) Es éste. *Obras sueltas de Lope de Vega*, tomo iv, pág. 302.)

Al hombro el cielo, aunque su sol sin lumbre,
 Y en eclipse mortal las más hermosas
 Estrellas, nieve ya las puras rosas,
 Y el cielo tierra en desigual costumbre:
 Tierra, forzosamente pesadumbre;
 Y así, no Atlante, á las heladas losas
 Que esperan ya sus prendas lastimosas;
 Sísifo sois, por otra incierta cumbre:
 Suplicooos me digais, si amor se atreve,
 ¿Cuándo pesó con más pesar, Fernando?
 ¿O siendo fuego, ó convertida en nieve?
 Más el fuego no pesa; que exhalando
 La materia á su centro, es carga leve:
 La nieve es agua, y pesará llorando.

gos de ternura dejó en sus comedias, no era el amante de aquella mujer; escribió de encargo, por compromiso probablemente, y así no dijo en los catorce endecasílabos de aquel soneto cosa que se pueda comparar con los cuatro versos de romance que os he analizado, sin necesidad ninguna, por cierto: no necesita exámen ni recomendacion esta clase de rasgos. Tampoco necesitan encomios el carácter, el corazon y la inteligencia del pueblo que los produce: esos, y muchos otros de los que os he leído, parece que se han hecho por sí, ó que, si hay Musa de la verdad, ella los inspiró, y por eso nada les falta, nada les sobra. Flores del campo, de ellas he tejido una guirnalda que ofrezco á esta Real Academia: pobre don, propio de quien lo trae; no indigno de este santuario de las letras, donde todo lo que puede ornar el ara del buen gusto, encuentra favorable acogida. Tarde he venido; *tarde*, quizá, *y con daño*, como dice un refran, porque en este discurso habré manifestado á las claras de cuán poco podré servirlos: pero en atencion siquiera á la sinceridad noble de mis deseos, confio en que me perdonaréis la tardanza y la poquedad de mis fuerzas, recordando el cantar que dice:

Cuando servir se quiere
Con vida y alma,
La intencion generosa
Dicen que basta.

DISCURSO LEIDO

POR

EL SEÑOR DON ANTONIO FERRER DEL RIO,

EN CONTESTACION AL ANTECEDENTE.

DISCURSO LEYDA

DEL REY DON ANTONIO FERDINAND DE BOURBON

EN LA APERTURA DE LAS CORTAS CORDOYES

SEÑORES: Cuán mudados están los tiempos! En mal es la mudanza, al decir de espíritus preocupados; en bien por fortuna, según testimonio de la sana razón y del buen sentido, que se difunde maravillosamente y en toda ocasión y al común alcance. Elemento esencial de brillo fué en días no remotos la prosapia; y bajo este aspecto, ni los que pronunciaban monásticos votos se avenían á parecer humildes. *Primero hubo Guevaras en Santillana que reyes en Castilla:* con tal frase blasonaba de su ascendencia un obispo de Mondoñedo, que vestía el sayal franciscano. Á *Dion Casio y otros graves autores* tomaba por modelo un obispo de Pamplona, monje de la Orden de San Benito, para hacer gala de su linaje, sin venir á cuento ni por asomo. Tal vez á impulsos del favor ajeno ó en alas del mérito propio, subían hombres de nacimiento oscuro á las más altas dignidades; pero comunmente hallaban genealogistas que los entroncaran con familias ilustres, ó sin mucho dispendio, adquirían ejecutorias. No por vanidad pueril obraban de tal suerte: cuando los plebeyos eran tenidos en muy poco, por honra de sus padres se creían obligados los de noble alcurnia

á enaltecer á sus abuelos, áun despues de renunciar á las pompas mundanas; cuando prelados, que derramaban la caridad fecunda á raudales, se desvivan por la enseñanza de los pobres, y con este fin dotaban colegios, y de las ventajas excluian terminantemente á los hijos de los artesanos, como reputados por viles, natural era que se apresurasen á ocultar su procedencia de las ínfimas clases cuantos ganaban caudal con la industria, ya que su honradez no bastaba á eximir de la nota de infamia á su prole. Hoy pasan de otra manera las cosas: ya no es desdorante el manual trabajo, ni hacen falta pergaminos al que no los halla sobre la cuna, para merecer estimacion y honra.

Las obtuvo en alto grado el Académico insigne, á quien lloramos perdido, sin embargo de que *la profesion de sus padres le apartaba de ciertas carreras* en los juveniles años, segun lo declara en su propia biografía: de honra y estimacion goza el Académico ilustre, á quien doy la bienvenida en nombre de la Corporacion toda; y de sus labios acabais de oir que viene de *pobres y humildes padres*. ¡Cuánto han mudado los tiempos de una generacion á otra! don Antonio Gil de Zárate los alcanzó tan lastimosos, que se hubo de abstener de reunir en su casa á cinco ó seis amigos para cultivar la literatura, porque la mente suspicaz de la policia imaginó que allí se atentaba contra el gobierno del Rey Fernando. Don Antonio García Gutierrez estaba en la edad más florida al brillar la aurora de nuestra regeneracion política y literaria, y abiertas encontró las puertas del Liceo á poco de venir á la córte. Años y años luchó el señor Gil de Zárate con la mala fortuna, hasta ganar inmarcesibles laureles con su *Blanca de Borbon* y su *Carlos II el Hechizado*: muy luego adornaron al señor García Gutierrez los adquiridos con el *Trovador* y el *Simon Bocanegra*. Ambos poetas deben sus triunfos á la dramática

inspiracion, expresada con todos los primores del habla castellana. ¡Bien parece aquí el uno en la silla del otro, no siendo ya posible que ocupe cada cual la suya! Sobre la historia comparada de la poesía dramática disertó el primero de estos señores al venir á la Real Academia Española; sobre la poesía vulgar ha disertado el segundo en el instante de su recepcion solemne; fiel mostróse el uno al origen de su gloria; fiel se ha mostrado el otro al de su cuna. Tras de conmemorar el mérito del Académico finado, y de rendir homenaje al del Académico nuevo, ya nada interesante puede esperar de mi insuficiencia el ilustradísimo auditorio, á quien ha deleitado con su discurso; y no obstante, algo he de exponer sobre la materia dilucidada, por atemperarme á la costumbre.

Poco lozana mi fantasía, no concibe la poesía vulgar al modo que el Sr. García Gutierrez, bajo la dominacion de los romanos. Su último eco debió, á mi juicio, sonar en boca de los montañeses de Cantabria, que entonaban himnos belicosos, despues de crucificados por las triunfadoras legiones de Augusto. Magníficos teatros erigieron los conquistadores en varias de nuestras ciudades: aún lo patentizan las ruinas de los de Mérida y Murviedro; más al contemplarlas silencioso, me aflige el recuerdo tristísimo de que los descendientes de los fuertes soldados de Viriato, y de los heroicos defensores de Sagunto, amasaron aquellos cimientos con el sudor de su rostro, la sangre de sus venas y las lágrimas de la servidumbre. Si poesía vulgar hubo entónces, su carácter fué religioso, y, como vestigios de ella, quedan quizá tradiciones conservadas por la muchedumbre, y poéticas en sumo grado. Así oiréis á los payeses catalanes, que la montaña de Monserrat se quebrantó en pedazos y tomó su actual forma cuando se consumaba el sacrificio inmenso de amor á los hombres sobre el Calvario, y temblaba la tierra de polo á polo; así veréis á todo

el pueblo español, dar plácido albergue á las golondrinas bajo sus hogares, por trasmitirse de padres á hijos la creencia de que estas aves arrancaron las espinas de la corona de Jesucristo. Alabanzas á Dios elevaron acaso, en cánticos no aprendidos de nadie, las castas jóvenes y los niños tiernos, que murieron mártires de su fe religiosa. Con la sangre de ellos se corroían las cadenas de la esclavitud romana, y otra vez iba el pueblo á tener libertad y existencia propias, cuando los bárbaros del Norte se descolgaron por las vertientes de las montañas sobre sus ciudades y sus campiñas, y le oprimieron con nueva coyunda.

No es menester estudiar las actas de los concilios toledanos, ni las leyes del Fuero Juzgo, para penetrarse de la mísera condicion del pueblo durante los tres siglos de la dominacion goda. Tribus, desunidas generalmente, habian sostenido aquí tenaz lucha contra cónsules y pretores romanos: indomables, aunque vencidas con frecuencia, á semejanza del fénix, renacian de sus cenizas: una sola ciudad como Numancia habia desafiado y abatido á los ejércitos de Roma, sin abandonarles, á los catorce años de combate, más que montones de cadáveres entre escombros, calcinados por voraces llamas. ¿Qué pudieran los jinetes y peones de Tarik y de Muza contra los españoles, gobernados por un sólo monarca y unidos por los vínculos de una fe religiosa, si fueran libres como los numantinos! Magnates, que de tumulto en tumulto quitaban y ponian reyes; prelados y abades, que legislaban de concilio en concilio, y unas veces anatematizaban á los que fuesen rebeldes, y otras absolvian á los que eran usurpadores, mal podian por sí oponer durable resistencia á los moros. Por el empuje de éstos y la desprevenion de los españoles, se explicara bien la gran derrota del Guadalete; pero la conquista del reino todo, en tres años y con ménos de cincuenta mil

hombres, no se comprende sin el enervamiento y la postracion de la esclavitud afrentosa.

Aherrojada bajo los godos la muchedumbre, sus cantos se exhalarían en lamentos, de que no ha quedado noticia, porque jamás los señores se hicieron eco de las angustias de sus esclavos. Muy distinta era se abrió, por dicha, con el portentoso triunfo de Covadonga. Desde allí se arroja la muchedumbre á lidiar por su religion y su independencia, y alcanza fueros venerandos, y erige el concejo entre el castillo y la abadía, y toma asiento á la par de los próceres y los prelados en las Córtes, y se crea un especial idioma, y lo impone primero á los monjes, obligados á predicar en lengua inteligible para el vulgo, y despues á los poetas, y por último, á los legisladores. Entónces nace la poesía vulgar con las coplas ó los romances consagrados á las vírgenes de Monserrat en Cataluña, de la Almudena en Madrid, de Guadalupe en Extremadura, todas halladas por obra de milagros despues de la reconquista del territorio, y ya perdida la memoria acerca de los sitios donde las escondieron los fieles á la aproximacion de los musulmanes: entónces nace tambien con los cantos guerreros y triunfales, y de desafíos y de amores; con los cuentos de duendes y brujas; con los refranes conceptuosos y expresivos, algunos hasta el extremo de sintetizar admirablemente la situacion social y el carácter de los españoles.

Nada más primitivo ni de más enérgica rudeza que el canto de los montañeses, vencedores de Carlomagno en las angosturas de Roncesvalles. Bajo la denominacion de *Voto de Santiago* conocióse un privilegio, presentado por los canónigos de Compostela, segun el cual, Ramiro I, por sí y sus sucesores, y Castilla toda, se habian obligado á pagarles ciertas medidas de grano y de vino por cada yunta, despues de

ganar la batalla de Clavijo con el auxilio del santo Apóstol, allí aparecido sobre un caballo blanco y armado de fulmínea espada. Acerca de la legitimidad del tal documento, pleiteóse mucho en las Chancillerías; nunca hubo regularidad en la observancia del supuesto voto; pero lo de la aparición del *Hijo del trueno* impresionó vivamente á la muchedumbre, y prorumpiendo en el nacional y poético grito de guerra y de victoria ¡*Santiago, cierra España!*, le vió una vez y otra con los ojos de la fe por los aires y entre sus filas, al vencer con el Alfonso, á quien denominó *el de las Navas*, y con el Fernando, á quien tuvo por *Santo*, siglos ántes de que le canonizara la Iglesia. Poesía hay también laudatoria ó satírica en los sobrenombres dados por la multitud á los monarcas. *Batallador* apellidaron los aragoneses al Alfonso que ganó á Zaragoza, y los condujo ante los muros de Granada y hasta las playas del mar africano; de *Rey Cogulla* motejaron por la pusilanimidad al Ramiro sacado felizmente por el señor García Gutierrez á la escena con el título del *Rey Monje*, y así le obligaron á abdicar la corona en su hija doña Petronila, por quien se unieron años adelante el reino de Aragon y el condado de Barcelona. Difícil es confundir los sobrenombres de procedencia vulgar y los que son obra de eruditos. Cultos castellanos denominaron *Impotente* al último Enrique; igual pensamiento significó de más gráfico modo la muchedumbre, llamando *Beltraneja* á la Infanta, que el rey daba por hija suya, é incapacitándola así para subir al trono, ocupado entónces por la soberana más insigne de Europa, bajo cuyo reinado tuvo feliz remate la cruzada heroica de cerca de ocho siglos contra los moros.

Durante esta época, la poesía vulgar dió vida á donosos y significativos refranes: concernientes á localidades diversas hay muchos, ya en boca de los naturales, que las alaban con

entusiasmo, ya de los vecinos, que las ridiculizan con maligno gracejo; de muestra sirvan estos pocos:

Galicia es la huerta, y Ponferrada la puerta.
 Daroca, la loca: la cerca grande, la villa poca.
 En Toro y cinco leguas alrededor, planta el peregrino el bordon.
 Cañizar y Villarejo, gran campana y ruin concejo.
 Arenicas de Villanueva, quien las pisa nunca las niega.
 Ebro traidor, naces en Castilla y riegas á Aragon.

Este solo adagio bastaria para demostrar que hubo época en que aragoneses y castellanos formaban dos distintos reinos.

Innumerables refranes atestiguan su procedencia de hombres rústicos y dedicados á la labranza. Aparte de los que recomiendan la vigilancia continúa, diciendo en frase vária y de igual sentido:

El pié del dueño, para la heredad es estiercol;
 El ojo del amo engorda el caballo;
 Hacienda, tu amo te vea;

muchos se podrian citar relativos al influjo de los accidentes atmosféricos y á las conveniencias estacionales. Algunos de los alusivos á todos los meses del año, dicen de este modo:

Agua de Enero, todo el año tiene tempero.
 En Febrero mete tu obrero: pan te comerá; mas obra te hará.
 Agua de Marzo, peor que la mancha en el paño.
 Más vale un agua entre Abril y Mayo que los bueyes y el carro.
 Más vale un agua entre Mayo y Junio que los bueyes y el carro y el yugo.
 Mayo pardo, Julio claro.
 Agua de Agosto, azafran, miel y mosto.
 Setiembre, ó lleva las puentes, ó seca las fuentes.
 Por San Lúcas, mata tus puercos y tapa tus cubas.
 Por Santa Catalina, coge tu oliva.
 En Diciembre, leña y duerme.

Donde hay labradores, se necesitan trajineros; como españoles, son católicos rancios; obligado uno de ellos sin

duda á caminar detras de su recua en domingo, y vacilante entre salir de madrugada, ó aguardar á que llamara á los fieles con acompasado tañido la campana de la parroquia; al decidirse finalmente, se le oyó esta frase, que desde entónces repitieron los de su oficio:

Por oir misa y dar cebada, nunca se pierde la jornada.

Más ingenioso que sólido parecerá fijamente el aserto de que la poesía vulgar ha bosquejado á su manera la filosofía de la historia de España en refranes. Por falta de tiempo no alegaré más pruebas que someras indicaciones.

Contra el estancamiento de fincas en manos muertas clamaron de continuo los castellanos, luego de trascurrir el postrer año del siglo x, sin que se realizara el pronóstico del fin del mundo; ni las prescripciones terminantísimas de los fueros, ni las reiteradas instancias de los diputados á Córtes bastaron á atajar el daño; de este modo consignó un refran la propension perseverante de los eclesiásticos á adquirir y poseer bienes raíces:

Fraile, que su regla guarda, toma de todos y no da nada.

Aunque el régimen feudal tuvo aquí poco arraigo, no apetecian los plebeyos la dependencia de los señores; y por esto dijeron sentenciosos:

En lugar de señorío no hagas tu nido.

Poblaciones erigidas en el riñon de Castilla ganaron, á fuerza de prodigar su sangre contra los moros, el privilegio de elegir señor de mar á mar ó entre los miembros de la familia que fuese de su agrado; como la libertad infunde brios

por su virtud propia, hasta hombres del vulgo cobráronlos tales que hicieron decir á las gentes de la comarca:

Con villano de behetria no te tomes á porfia.

Al dominio de los señores y los abades prefirió siempre la muchedumbre el de los monarcas: así florecieron las poblaciones de realengo, y armaron milicias más regulares y vigorosas que las mesnadas, y émulas de las Órdenes militares por la intrepidez y en las glorias; y seguras á la sombra de los merinos contra las violencias de los nobles, con ademan de jactancia lo significaron de este modo:

En la tierra del Rey, la vaca corre al buey.

Todos estos elementos sociales se trastornaron bajo la dinastía de Austria. Numerosa cohorte de flamencos, sedientos de oro, trajo Cárlos de Gante, y la poesia vulgar expresólo con estas palabras denigrativas y referentes al que hacia cabeza como primer válido:

Señor ducado de á dos,
No topó Xebres con vos.

Á consecuencia de tal codicia, y de no guardarse los fueros, y de irse á coronar Cárlos V por emperador de Alemania, tras de nombrar á un extrajero como regente, se alzaron las ciudades castellanas á una, y en los campos de Villalar gritaron por vez postrimera ¡*Santiago y libertad!* con Juan de Padilla. Toledo, su patria, fué el Villalar de los magnates, cuando pocos años despues los arrojó un mandato imperial de las Córtes. Ya no quedaron más poderes que el real y el del tribunal del Santo Oficio:

¡Con el Rey y la Inquisicion, chiton!

se oyó decir á la muchedumbre; y año tras año vino á ménos en ilustracion y energía, á pesar de hacinar laureles en Flandes é Italia, por demás estériles para su prosperidad y ventura. No obstante, con cautela se murmuraba por los más sagaces, entre el vulgo, de la Inquisicion aterradora: del tributo establecido cuando aquí se peleaba contra infieles: de la Hermandad creada para perseguir á los malhechores, y ya vejatoria por la conducta de sus cuadrilleros en ventas y despoblados y lugares; y del Concejo privilegiado para favorecer á la ganadería, y poco escrupuloso en abrir cañadas y veredas por entre plantíos de cepas ó mieses. De aquí provino que á las calladas se dijese unos á otros:

*Tres santas y un honrado
Traen al reino acabado.*

Méjico y el Perú fueron conquistados por Hernan Cortés y Francisco Pizarro, miéntras á impulsos de su política personal desviaba Carlos de Gante de sus naturales senderos á España. Unas tras otras y rápidamente se arruinaron las fábricas de paño de Segovia, las de bonetes de Toledo, las de guantes de Ocaña, las sederías de Granada, Murcia y Valencia, y apénas vinieron traficantes á las ferias de Medina del Campo: todo por error de los gobernantes, muy pagados de que las minas del Potosí nos hacian señores del mundo. Á la sazón difundió la poesia vulgar el gran pensamiento de que no es fuente de riqueza el oro con este adagio:

En dineros sea el caudal de quien quisieres mal.

Muchos españoles se fueron á las Indias á buscar fortuna, y la hicieron casi todos á fuerza de trabajo y economía, y otros les reemplazaron sucesivamente para vivificar la industria y el comercio, porque sus descendientes echaban por el

rumbo y venian á la extremidad que marca este refran conciso y de aplicacion tan exacta en la América del Sur, como en las Antillas y las Californias:

El padre mercader, el hijo caballero, y el nieto pordiosero.

Entre el pago de diezmos y primicias, y los gastos de las interminables guerras exteriores y de las atenciones crecientes de casa, se desustanciaba España de todo jugo; y así dijeron los pecheros desventurados:

Lo que no lleva Cristo, lleva el fisco.

No maravilla el prurito de fundar mayorazgos con un caseron y cuatro terrones, ni el afan por estancarlo todo, si se paran mientes en que al gravísimo tributo sobre la transmision de las propiedades, se agregaron el de los millones y el de los cientos ó cuatro unos; y no por otra razon se decia generalmente al concluir tal ó cual trato:

Sea secreto por amor de la alcabala.

Para que la angustia llegase á colmo, no recaudaba el Gobierno directamente las contribuciones: logreros le adelantaban los productos, y sus comisionados las exigian de pueblo en pueblo, tratándose con ofensivo regalo ante la muchedumbre, que parecia de miseria, y por sus vejámenes se les condenaba á menudo: todas estas circunstancias se hallan contenidas en adagio tan sucinto como el siguiente:

Arrendadorcillos: comer en plata, morir en grillos.

Extenuado el país bajo la política más ruinosa, con las fábricas cerradas y los campos incultos, robustos mancebos se salian de los despoblados lugares á los desiertos caminos con

un palo en la mano y el morral al hombro, cantando en tono alegre esta muy triste copla:

A la guerra me lleva
La necesidad;
Si tuviera dineros,
No fuera, en verdad.

Sobrenombres se aplicaron á algunos reyes de origen austriaco; mas no por voz de la poesía del vulgo, sino por la del lenguaje del fanatismo y de la lisonja, se dió á Felipe II el de *Prudente*, y á Felipe IV el de *Grande*. Positivamente son de origen popularísimo los mote de *la Perdiz* y *el Cojo*, puestos á la baronesa de Berlips y á Enrique Jovier y Wisser, ambos alemanes y confidentes de la segunda esposa de Carlos II *el Hechizado*. Á un don Juan Angulo hicieron secretario del Despacho, para ejercer holgadamente sus latrocinios: hombre era de cortos alcances, y se le denominaba *mi Mulo*. Á la verdad el Monarca fué quien le puso este apodo; pero al estilo vulgar hubo de recurrir para hacer tal juego con su apellido. Tambien por entónces hasta las lavanderas del Manzanares usaban de una expresión irreverente, para significar lo que el obispo de Oviedo Fray Tomás Reluz con estas sentidas palabras: «Siempre he estado persuadido á que en el Rey no hay más hechizo que un decaecimiento de corazon y una entrega excesiva á la voluntad de la Reina.»

Imposible parecia que la nacion, decadente de continuo bajo la dinastía de Austria, ora batalladora y triunfante por ajeno interes y en propio daño, ora vencida y desmembrada por ajustes de los Gabinetes de Europa; esquilhada por flamencos á los principios, y á lo último por alemanes; siempre bajo el yugo monacal y sumida en la más horrible miseria y en la más profunda ignorancia, se levantara de tal oprobio, y

convaleciera de tantos males. Por merced de la Providencia empezóse á operar el prodigio con la elevacion al trono de la dinastía de los Borbones.

Casi fué combatida por toda Europa; mas no se pudo razonablemente dudar del éxito de la lucha en España, áun peleando Aragon, Cataluña y Valencia por los austriacos, al ver el entusiasmo imponderable con que toda Castilla se agrupó en torno del rey Felipe. Alguna vez tuvo que abandonar la córte, y en su recinto se hizo la aclamacion del que le disputaba la corona, si bien de modo tan significativo, que hasta los barrenderos de las calles decian con tono de burla:

¡A barrer, para que pase la mojjanga!

Sólo grupos de muchachos se disputaban dentro de la vacía Plaza Mayor las monedas arrojadas para solemnizar la ceremonia; y cediendo á las intimaciones de victorear al Archiduque, se les oyó este grito, á presencia de sus generales:

¡Viva Cárlos tercero, miéntras dure el echar dinero!

Ante manifestaciones tan espontáneas y concordes, sin temor de incurrir en yerro, se podia augurar el triunfo, que afianzaron más tarde las jornadas sucesivas de Almansa, de Brihuega y de Villaviciosa.

Desde la celebracion del Concordato entre el Sumo Pontífice Benedicto XIV y Fernando VI, quedó reconocido por la Santa Sede el Real Patronato, y ya se olvidó aquel refran muy sabido ántes:

Camino de Roma, ni mula coja, ni bolsa floja.

Mucho amor y respeto se granjeó Cárlos III de los españoles; ántes de su reinado no hubo ninguno más beneficioso

para la muchedumbre; pero inaugurólo fatalmente, á causa de celebrar el indefendible Pacto de Familia, bien censurado por la poesía vulgar en este adagio:

Con todo el mundo guerra, y paz con Inglaterra.

Ya comprenderéis que si guardo silencio acerca del reinado de Carlos IV, no es á la verdad por falta de asunto. Volúmenes se podrian llenar de refranes y cantos populares concernientes á la heroica guerra de la independencia. Napoleon habia triunfado brillantemente de célebres caudillos de Rusia, Austria y Prusia: nada pudo contra el general *No importa* de España; y más hondamente socavaron su magno poderío las coplas disparadas por las manolas y los chisperos de Madrid á *Pepe Botellas*, que las llamas de Moscow y los hielos del Berezina.

Tan históricos son todos los refranes y estribillos citados, que ya están caidos en desuso. No así los alusivos á la vida y al trato comunes en sus diferentes lances y alternativas ó matices, que en boca del vulgo andan á todas horas, con aplicacion oportuna á sus alegrías y tristezas: unos, socarrones y pertenecientes á lo que se denomina gramática parda; otros, formales y rebosando cordura, derivados todos al parecer de una mente sola, por su peculiar índole y corte. Fundadísima-mente os ha dicho el señor García Gutierrez que la poesía vulgar se exime de las extrañas influencias, mucho más que la literatura de las altas gerarquías sociales. Al venir al mundo todos nos criamos sobre el regazo de mujeres del pueblo, y de ellas aprendemos á balbucir las primeras palabras: unos en brazos de nodrizas y de niñeras, otros sin conocer más niñeras ni más nodrizas que sus madres: ya criados se apartan los primeros del vulgo, á la par que los segundos no tienen más centro que el de su clase humilde. Como individuos de

la sociedad elevada, viven aquellos bajo tal atmósfera de extranjerismo, que en su lengua nativa no hallan vocablos para significar las fiestas de sus casas, las galas de sus novias ni los manjares con que se regalan á sus mesas. Hoy, como hace siglos, se divierten los de la muchedumbre, de las faenas rústicas ó fabriles, con romerías y verbenas y merendonas: y en bailes de candil ó al aire libre tocan las castañuelas y brincan al són del tamboril y de la gaita, ó de la guitarra, la bandurria y el pandero, y de voces, que cantan las *Habas verdes* en Castilla la Vieja, la *Muñeira* en Galicia, y la *Jota aragonesa*, el *Fandango andaluz* y las *Seguidillas manchegas* en todas partes, con variadas coplas de fecha más ó ménos antigua, tal vez improvisadas por los que las entonan alegres, si bien todas de castiza estructura, pues no en balde se ha llamado y se llama vulgar nuestro idioma. Positivamente, de seguir carrera literaria, andado llevan más camino los hijos del pueblo que los de alta cuna, bajo el aspecto de la pureza del lenguaje; y así acontece que entre nuestros clásicos son más los de baja extraccion que los de heráldica prosapia.

Mediante el gracioso artificio de combinar variadas coplas de las que se oyen por las calles, os ha contado el señor García Gutierrez una tiernísima novela de amores; sin ingenio para otra cosa, me limitaré á apuntar datos, para que mentalmente os traceis con refranes una sencilla novela de costumbres.

De Dios viene el bien, y de las abejas la miel.

Dios castiga sin palo ni piedra.

Al que madruga, Dios le ayuda.

Ni al niño el bollo, ni al santo el voto.

Al hombre mayor dale honor.

Acércate á los buenos y serás uno de ellos.

El dar limosna nunca mengua la bolsa.

La letra con sangre entra.

Quien ha oficio, ha beneficio.

Perfectamente sonarian todos estos refranes en boca de una viuda, no de las que dan ocasion á que se diga en frase chistosa: *La viuda rica, con el un ojo llora, con el otro repica*, sino que vertiera lágrimas con ambos por un marido, para quien lo de *Afanar, afanar, y nunca medrar*, se hubiese realizado al pié de la letra. Sin más que esas locuciones vulgares, inspiraria á un hijo tierno la idea sublime de Dios al regalarle con golosinas y al reprenderle por travesuras y al acostumbrarle á despertar con el alba; y le enseñaria á ser cumplidor fiel de sus promesas, á levantarse delante de cabeza cana y á honrar la persona del anciano, á huir de malas compañías y á practicar la caridad con los pobres, ántes de ponerle á la escuela y á ganar el pan con el sudor de su rostro.

Más vale regla que renta.

Casar y comparar, cada cual con su igual.

Donde hay boda, hay tornaboda.

La mujer buena, corona es del marido.

A toda ley, hijos y mujer.

En casa del oficial asoma la hambre; mas no osa entrar.

Aprende llorando, reírás ganando.

Aquel va sano, que anda por lo llano.

Calle el que dió, y hable el que tomó.

Quien la fama há perdida, muerto anda en la vida.

A canas honradas, no hay puertas cerradas.

Aquellos son ricos, que tienen amigos.

Quien tiene madre, muérasele tarde.

Muy bien podria ser este lenguaje el del hijo, ya hábil en su arte y con ahorros para tomar estado y tener unos dias de holgorio; luego, feliz, junto á su compañera y con prole, por experimentar á las claras en sus apuros que *No hiere Dios con dos manos pues al mar hizo puertos y á los rios vados*; y, finalmente, deseoso de que su primogénito cursara las aulas, inclinándole á ser veraz y agradecido y á mirar con predilec-

cion por la honra, sin medios para darle estudios, y lográndolo de un vecino pudiente y testigo de sus domésticas virtudes, y en vida por fortuna de la ya anciana madre, á cuyo pródigo afán lo debía todo.

Honra y vicio no caben en un quicio.

Quien léjos se va á casar, ó va engañado ó va á engañar.

Cuando entrases por la villa, pregunta primero por la madre que por la hija.

La cabeza cana, y el seso por venir.

Cara de beata y uñas de gata.

Colorada, mas no de suyo, que de la costanilla lo trujo.

¿De cuándo acá Perico con guantes!

De tales bodas, tales tortas.

No es nada, sino que matan á mi marido.

Intercalando algunas palabras pintarian estos adagios, no sólo al muchacho callejero, cuyo trato evitó el aplicado por consejo maternal desde los juegos infantiles, sino la extrañeza que produjo en su aldea verle de tiros largos, y el carácter hipócrita de su suegra, y la conducta de su mujer casquivana, y ventanera, y sin recato. No más que un proverbio falta á este plan de novela de costumbres. Del jóven educado á costa del vecino pudiente, se dijo luego que terminó los estudios: *Envia al hombre sabio á la embajada, y no le digas nada*. Ahora, con que añadais lo de *Hijo eres y padre serás, cual hicieres tal verás*, os hallareis con la moraleja; y el título no da lugar á vacilaciones, pues todo se ajusta desde los principios al siguiente: *Amor de madre, que todo lo otro es aire*.

Hombres doctos califican los refranes de breves sentencias, que en cortas palabras comprenden excelentes documentos de moral é importantes avisos para conducirnos en la vida. Al decir del maestro Fray Luis de Leon: «Grandes filósofos..... se aprovechan destos refranes como de la mejor demostracion y probanza, que ellos traer suelen; y si lo que

» con muchas palabras y grandes razones y subidas han probado, viene á concordar con algun adagio ó refran antiguo, » tiénenlo ellos por demostracion que llaman á ojo... Y tambien si alguno insiste en que al fin son dichos de pueblo y » gente indocta, responderémosle... que ansí como en la hacienda no hay nadie tan rico, por mucho que tenga, que » pueda gastar tanto como el pueblo todo junto, con poca cosa » que cada uno contribuya, ansí en el saber, ninguno es tan » sabio que pueda acertar tanto como el pueblo y ayuntamiento de muchos, si no son gente muy grosera, cuando confieren todos y ayuntan el saber de uno con el de otro, porque » á todos puso Dios una luz en el entendimiento con que conocen la verdad; de manera, que por cualquier haz que se » miren los refranes, se deben de tener en mucho.» Tanto ensalza este ramo de la poesía del vulgo el ilustre Agustino en el prólogo de los refranes ó proverbios de su maestro el comendador Fernan Nuñez, más conocido por el Pinciano, en cuyo obsequio pospuso todo lo que á su honor tocaba, hasta el extremo de escribir en romance. Se tuvo á ménos por los doctos, y este mismo autor preclaro rompió otra vez con tal preocupacion muy de lleno, al componer su grande obra de los *Nombres de Cristo*, en cuya conducta laudable fué imitado posteriormente por el clásico Fray José de Sigüenza. Dentro del asunto dilucidado prolongaria demasiadamente mi discurso, aunque me detuviera poco á censurar el excesivo desapego de los eruditos de entónces á explicarse en su lengua nativa; desapego acreditado, no sólo en los libros, sino en las lápidas sepulcrales; de modo, que, aún sabiendo lectura, no podia aprender el pueblo donde reposaban las cenizas de sus héroes y de sus santos.

Despues de citar una autoridad competente en apoyo de la acendrada filosofía y excelencia de los refranes del vulgo,

no temo que se me tache de ponderativo, aunque he abogado en causa propia. Ya que os he hallado benévolos é indulgentes, me lisonjeo de felicitar al señor García Gutierrez por encargo de la Real Academia Española, cuando ocupa una silla tan bien ganada, no sólo por nuestra íntima amistad de treinta años, sino porque soy asimismo procedente del pueblo, como hijo de humildes y pobres padres. No apartándolos nunca de la memoria y respetando á los que vienen de alta alcurnia, á la manera que el nuevo Académico ha terminado con una copla, yo pondré un refran para dar fin á mi discurso :

Dejemos los padres y abuelos, por nosotros seamos buenos.

HE DICHO.

NOTICIA

DE LAS FECHAS EN QUE SE VERIFICARON LAS RECEPCIONES PÚBLICAS
DE LOS SEÑORES ACADÉMICOS, CUYOS DISCURSOS SE HAN INSERTADO EN
LOS TOMOS 1.º Y 2.º DE ESTA COLECCION.

Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan, en 7 de Noviembre
de 1847.

Excmo. Sr. D. Nicomedes Pastor Diaz, en 7 de Noviembre
de 1847.

Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, en 7 de Noviembre
de 1847.

Excmo. Sr. D. Juan Donoso Cortés, en 16 de Abril
de 1848.

Sr. D. José Joaquin de Mora, en 10 de Diciembre de 1848.

Excmo. Sr. D. Javier de Quinto, en 13 de Enero de 1850.

Sr. D. Fermin de la Puente y Apecechea, en 1.º de Di-
ciembre de 1850.

Sr. D. José Caveda, en 29 de Febrero de 1852.

Sr. D. Antonio Ferrer del Rio, en 29 de Mayo de 1853.

Sr. D. Rafael María Baralt, en 27 de Noviembre de 1853.

Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, en 21 de
Junio de 1857.

Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, en 14 de
Marzo de 1858.

Sr. D. Manuel Cañete, en 8 de Diciembre de 1858.

Sr. D. Manuel Tamayo y Baus, en 12 de Junio de 1859.

Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau, en 29 de Junio de 1859.

Excmo. Sr. D. Cándido Necedal, en 15 de Mayo de 1860.

Ilmo. Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí, en 17 de Junio
de 1860.

NOTICIA

DE LAS FORTES DE LOS REYES EN EL REINO DE CASTILLA
EN LOS SIGLOS XV Y XVI. POR DON JUAN DE FIGUEROA,
DE LA ORDEN DE S. JUAN DE MALTA.

En la villa de Madrid, en el día de Mayo de 1788.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

En la imprenta de la Real Academia de la Historia.

INDICE

DE LOS DISCURSOS CONTENIDOS EN EL PRESENTE TOMO.

	Páginas.
Discurso del Sr. D. Francisco Cutanda.....	3
Asunto: «El Epigrama en general, y en especial el español (5).»— La sonrisa y la risa (7).—El ridículo es código penal de la socie- dad (9).—Distinguese el Epigrama del proverbio, del refran, del apo- tegrma, &c., así como de la sátira (11).—Caractères de esta y su paralelo con los del Epigrama (13).—Unidad y dualidad, agudeza, correccion con varias citas: (16 y sig.).—España es la tierra del Epigrama y en especial Andalucía (22).—Su historia comprobada con ejemplos y juicio crítico de los principales autores (23 y sig.).—Consecuencias de las reflexiones antecedentes (35).—El Epigrama no es de moda (36).— Por atender á las obras del talento y de la ciencia, se desdeñan in- justamente las del ingenio (36—37).	
Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.	
(Curiosas noticias acerca de la vida y muerte del conde de Villa- mediana).....	41
Rectificacion importante á lo dicho en el tomo I de estos discursos acerca de la patria de Alarcon.....	97
Discurso del Ilmo. Sr. D. Severo Catalina del Amo.....	101
Asunto: Influencia de las lenguas semíticas sobre la castella- na (102).—Su diccionario tiene más de latino que de semítico; su gra- mática al contrario (103).—Sólo en la Biblia puede hallarse el origen del lenguaje (104).—El monoteismo y el politeismo (105), al primero corresponden las lenguas semíticas, al segundo las indo-euro- peas (107).—Lengua fenicia, y vestigios que de ella nos quedan (111).— Filiacion del alfabeto castellano, subiendo hasta el hebreo (114).— Conjetura de la existencia de un idioma púnico-romano (116).— El de los godos era indo-europeo (118).—El semitismo introducido por los árabes fué una renovacion filológica (119).—Paralelo gram- atical del Latin y el Castellano (122).—Idem entre nuestra lengua y las semíticas (125).—Conclusion: La lengua castellana sintetiza la raza latina y la semítica: tiene de ambas lo mejor (134).	

Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. D. Tomás Rodríguez Rubi.....	139
Elogio del Sr. Catalina (140).—Confirmacion de las opiniones emitidas en el discurso (142).—Difusion por Europa de la lengua púnica (144).—Es dificilísimo computar la parte que ha cabido en la formacion del castellano á cada uno de sus elementos (145).—No es aceptable la opinion de que nuestra lengua sea <i>exclusivamente</i> hija de la latina (147).—Tampoco la opinion opuesta, de un origen exclusivamente semítico (<i>ibid.</i>).—Inducciones sacadas de la tradicion antigua y de la historia (149).—Ojeada sobre el mapa-mundi etnográfico (153).	
Discurso del Sr. D. Ramon de Campoamor.....	157
Asunto: La Metafísica limpia fija y da esplendor al lenguaje.—La Academia de la Lengua es la única Academia esencial y necesariamente metafísica (157).—Carácter y utilidad de la Metafísica (159).—La ley del cómo el pensamiento se expresa es necesaria y universal: la expresion exterior es arbitraria y particular (161).—Hay una cosa más clara que la luz del día, y es la Metafísica (163).—Siendo ésta la hija primogénita de Dios, es la madre de todas las cosas (178). El famoso entimema de Descartes está literalmente copiado del español Gomez Pereira (179).—Apóstrofe á la juventud exhortándola al estudio de la Metafísica (182).	
Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. Marqués de Molins.....	187
Exámen critico de las obras poéticas del Sr. Campoamor (189).—Disertacion sobre el origen del lenguaje (205).—Todo paso progresivo de la civilizacion tiene tres manifestaciones: un corazon que lo desea, un entendimiento que lo formula y un brazo que lo cumple (209).—Combates del alma, probados con el ejemplo de Napoleon y de Cervantes (213).—Paralelo de estos dos grandes hombres (217).—Compáranse algunas dotes del candidato con las de sus predecesores en la silla académica (219).	
Discurso del Ilmo. Sr. D. Juan Valera.....	225
Asunto: La Poesía popular, como ejemplo del punto en que deberian coincidir la idea vulgar y la idea académica sobre la lengua castellana (227).—Errores modernos acerca del lenguaje (229).—Pueden importarse doctrinas y sistemas, pero apropiándose los con el <i>espíritu nacional</i> , cuya principal manifestacion es el lenguaje (230).—Los idiomas llegan á un momento de perfeccion en el cual no es posible mayor crecimiento (233).—Origen divino ó semi-divino de las lenguas (236).—El pueblo español está obligado á guardar su idioma que es sello de nuestra nacionalidad y de nuestra raza (238).—Pruebas históricas del influjo de las lenguas (240).—Los introductores de nuevas teorías filosóficas han adulterado innecesariamente el lengua-	

je (241).—Publicacion y colecciones modernas de cuentos y poesias populares (243).—Es un error el contra-poner la poesia popular á la erudita (244).—Carácter de la poesia de la edad media (246).—A la poesia popular precedió la erudita; á la perfeccion de la poesia, la de la prosa (250).—El influjo de la literatura italiana no ahogó la originalidad de la española (251).—Es un error el negar la importancia de la forma (252).—Así como el desdeñar el dialecto poético (*ibid.*).—Y el desechar la mitología gentilica (253).—La poesia no debe tener otro objeto directo que la belleza como fin del arte (254).—Es falso que el nuestro sea un siglo de prosa (255).—Explicase, por conclusion, cómo se combinan la unidad y la variedad (259).

Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano..... 263

(Se comentan y confirman las doctrinas del Sr. Valera, con algunas ligeras salvedades).

Discurso del Sr. D. Antonio García Gutierrez..... 283

Asunto: La Poesía vulgar castellana (287).—Para conocer la disposicion intelectual de un pueblo, una de las primeras cosas que deben estudiarse es la poesia del vulgo (*ibid.*).—Ciñese el discurso á tratar de nuestros refranes y nuestras canciones de pueblo (289).—El poeta del vulgo (290).—Conjetúrase que debió de haber coplas vulgares anteriores al *Poema del Cid* (292).—En los poetas latinos se halla el embrión de la consonancia y la asonancia (*ibid.*).—Así como de la estructura de nuestros romances, coplas y seguidillas (297).—Antigüedad probada de algunos refranes (299).—Carácter y forma de los refranes castellanos (301).—Se analizan muchos de ellos (302).—Deducciones sacadas del *Poema del Cid* (306).—Poetas vulgares antiguos (308).—La musa del pueblo es casta (310).—Citanse algunos cantares antiguos (312).

Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Antonio Ferrer del Rio..... 327

Comparacion entre los tiempos en que han florecido los Sres. Gil de Zárate y García Gutierrez (328).—Conjeturas acerca de nuestra poesia vulgar bajo la dominacion romana (329), la goda (330) y la de los árabes (331).—Citanse y coméntanse algunos refranes (332).—La pureza del lenguaje es más propia de la clase humilde, porque la clase elevada vive en una atmósfera de extranjerismo (341).—Con sólo refranes podría trazarse una novela de costumbres (*ibid.*).—Cita de Fr. Luis de Leon (343).

Discurso del Excmo. Sr. D. Luis Gonzalez Brabo..... 349

Asunto: El Sr. Martínez de la Rosa, como todos los hombres que influyen con sus máximas en el destino de una nacion, no puede ménos de representar el espíritu de su tiempo (351).—Se confirma esta proposicion recordando algunas obras de aquel ilustre académico (352), y

comparando sus ideas con la transformación social y política del pueblo español (353).—Lucha de la idea antigua y la moderna: imposibilidad de resistir al *libre examen* (*ibid.*).—Evítanse soluciones definitivas (355).—Juicio del Estatuto Real (356).—Se enumeran los principales actos políticos del Sr. Martínez de la Rosa (357).—Tales como esta política, y esta oratoria, siguen siendo las de cuantos han dirigido el Gobierno de España desde entonces (358).—El autor del *Espíritu del Siglo* fué toda su vida un mozo viejo y un anciano joven (360).—Martínez de la Rosa merece más que sus libros (363).—Discúlpase el tratar de política en el presente discurso (*ibid.*).—Y se continúa hablando de historia y elocuencia (365).—El pensamiento capital anteriormente bosquejado va desvirtuándose (366).—El hombre marcha guiado por la revelación continua de Dios: cumplido un progreso, su naturaleza le arrastra á realizar otro (369).—España que era una monarquía teocrática absoluta, ha *secularizado* sus fuerzas y sus intereses sociales y políticos (372—73).—Se vaticina, con ardiente esperanza, la próxima realización del adelantamiento político (375).—Se extraña que la Narración histórica y la Elocuencia se excluyan de las reglas de la Estética (379—91).—El nivel de la palabra de los pueblos es el termómetro de su cultura (385).—Compruébase esta idea con un rápido bosquejo histórico (387).—Argüelles, Galiano, Martínez de la Rosa son tres faros de los tres periodos de nuestra revolución (391).

Contestación al discurso antecedente por el Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal

399

Razones que impiden hablar en esta contestación largamente de los señores Martínez de la Rosa y Gonzalez Brabo (399).—La *Vida* del primero sería la historia de lo que va andado del siglo XIX (401).—Elogio de la Elocuencia (403).—Martínez de la Rosa comenzó su vida de poeta cantando las glorias de Zaragoza, y terminó su vida de orador defendiendo al Pontífice (409).—En la conducta de gobernantes y gobernados, y no en la forma de gobierno, consisten la felicidad y la libertad (412).—Se recuerda incidentalmente la defensa de D. Diego Leon escrita por el Sr. Gonzalez Brabo (414).—Excelencias de la Oratoria sagrada (415).

Discurso del Excmo. Sr. marqués de Auñón

435

Asunto: Carácter de la verdadera poesía, y sus esenciales diferencias, según los cambios y vicisitudes sociales (436).—El reinado de la poesía no puede concluir en tanto que el hombre exista (*ibid.*).—La poesía ha de fundarse en la verdad de la naturaleza, de las ideas y de los sentimientos (438).—En toda obra de arte hay un elemento fundamental y otro modificable (439).—Clasificación por épocas de la poesía antigua (440).—Digresión sobre los preceptistas (444).—Estos deducen sus reglas de lo conocido y rara vez adivinan las nuevas ma-

nifestaciones del ideal de la belleza (*ibid.*).—Los preceptistas podrán depurar el gusto de un escritor, pero nunca formar un poeta (447).—La *Divina Comedia* (448).—Época del renacimiento (451).—Ariosto y Tasso (453).—La poesía que no cree, siente ó piensa, no es poesía (456).—Difúndese por Europa la poesía de imitacion (457).—Pero en España el teatro y los romanceros son espejo de la nacionalidad (459).—Influencia de la revolucion francesa en la poesía (460).—Exageracion del *romanticismo* (462).—Pasada ésta, quedaron los buenos efectos de la escuela innovadora (465).—La epopeya no parece posible en estos tiempos (466).—El carácter de la poesía contemporánea ha de ser esencialmente sugetivo (467).

Contestacion al discurso antecedente por el Excmo. Sr. marqués de Molins.

471

Justicia de la Academia (473).—Méritos del nuevo académico (476).—¿Qué es la verdad? (478).—La escuela *realista* y la *idealista* (480).—Soneto del marqués de Auñón (483).—Otras citas (490).—Se contradice la afirmacion de que «La poesía épica no es ya de la época presente» (493).—Para llegar á la verdad se necesita el *quid divinum* (495).—Paralelo de Herrera y Cervantes (497).

Discurso del Ilmo. Sr. D. Isaac Nuñez de Arenas.

507

Asunto: Qué se entiende por *conservacion* del idioma, y qué medios se conceptúan idóneos para conseguirla (512).—La lengua, primer lazo de fraternidad entre los hombres, es la expresion de la vida espiritual y material de un pueblo (*ibid.*).—Todos los individuos y las clases contribuyen á la formacion de la lengua (514).—Soberania del uso (516).—La *materia* de una lengua son los vocablos, la Gramática su *forma* (518).—Siendo ésta el factor estable, debe compasarse á las leyes de la inteligencia (520).—Entre la idea y su signo hay una correlacion estrecha. Demostracion (522).—El caudal del Diccionario le suministra la civilizacion entera (526).—Introduccion de voces nuevas (527).—Voces anticuadas (529).—Manera de formar el Diccionario (531).—Crítica del actual en sus definiciones científicas (532).

Contestacion al discurso antecedente por el Sr. D. Antonio Ferrer del Rio.

541

Qué es lo que entiende la Academia por conservar el idioma, y qué medios pone en práctica para ello (543).—Lamentos de varios escritores patriotas por la costumbre de desdeñar nuestra lengua (544).—Al siglo de imitacion de los antiguos siguió el del culteranismo (546).—Fundacion de la Real Academia Española, y formacion del Diccionario (*ibid.*).—Sistema de la Academia para admitir novedades (551).

Noticia de las fechas en que se verificaron las recepciones públicas de los Sres. Académicos, cuyos discursos se han insertado en los tomos 1.º y 2.º de esta coleccion.

561

ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
86	23	es que debe	es el que debe.
111	15	Schem	Schem.
112	22 (nota)	etimologicum	etymologicum.
126	28	amar-ias	<i>amar-ias.</i>
245	9	expontaneidad	espontaneidad.
248	4	cielo	ciclo.
251	4	Stuñiga	Stuñiga.
252	7	las palabras, que	las palabras que.
253	13	dioses, à	dioses á.
328	13	insigne, à quien	insigne á quien.
Ibid	17	ilustre, à quien	ilustre á quien.
329	21	más	mas.
330	23	sólo	solo.
332	10	Alfonso, à quien	Alfonso á quien.
Ibid	11	Fernando, à quien	Fernando á quien.
336	penúltima.	les	los.
445	última.	<i>prophètee</i>	<i>prophètes.</i>
484	21	Pues no, si no	Pues no sino.
495	16	infinítivamente	infinítamente.
500	3	impíos	impios.
509	15	solo	sólo.
556	19	cestellana	castellana.

Además se halla trocada diferentes veces la acentuacion de las palabras *áun* y *aún*: no se indican, porque el lector las reconocerá fácilmente.

NOTA.

En el tomo 2.º de esta coleccion deben hacerse tambien las correcciones siguientes :

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
260	17	Mayores	Mayor es.
277	15	De más	Demás.
280	2	Ternura	Tersura.

Obras publicadas por la Real Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, núm. 26 y en el de la Imprenta Nacional, calle de Carretas.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
En pasta. Rs. vn.	En rústica. Rs. vn.	En papel. Rs. vn.
	15	
	4	
	2	
88		76
	3	
	40	
	20	
32		
80	50	
30	25	
16		
	20	
	20	

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática*, y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100, de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía* tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

1. The first part of the report is devoted to a general description of the work done during the year. It includes a list of the projects undertaken and a summary of the results obtained.

No. of projects	Total amount	Total value
1	1000	1000
2	2000	2000
3	3000	3000
4	4000	4000
5	5000	5000
6	6000	6000
7	7000	7000
8	8000	8000
9	9000	9000
10	10000	10000
11	11000	11000
12	12000	12000
13	13000	13000
14	14000	14000
15	15000	15000
16	16000	16000
17	17000	17000
18	18000	18000
19	19000	19000
20	20000	20000

The second part of the report is devoted to a detailed description of the work done during the year. It includes a list of the projects undertaken and a summary of the results obtained.

The third part of the report is devoted to a detailed description of the work done during the year. It includes a list of the projects undertaken and a summary of the results obtained.